HENRY JAMES

EL LUGAR DE NACIMIENTO

1

Al principio les pareció la oferta demasiado buena para ser verdad, y la carta de su amigo, enviada, según decía, para explorar el terreno, para sondearles en sus inclinaciones y posibilidades, casi les hizo el efecto de una bonita broma a costa de ellos. Su amigo, el señor Grant-Jackson, una persona altamente dominante y apremiante, grande en sus planteamientos y organizaciones, brusco al entrar en materia, inesperado, si es que no perverso en su actitud, y casi por igual aclamado y criticado en la amplia zona media a la que había enseñado, como decía él, cuántos puntos calzaba; ese amigo de ellos había lanzado su disparo por las buenas, dejándoles así, tan agitados, que les hacía sentir casi más miedo que esperanza. El puesto había quedado vacante por la muerte de una de las dos señoras, madre e hija, que lo habían atendido durante quince años; la hija se había quedado allí, sola, para evitar inconvenientes, pero, aunque más que madura, había encontrado una oportunidad de casarse que la obligaba a retirarse, y la cuestión de los nuevos ocupantes era no poco apremiante. La necesidad así producida era de una pareja unida de alguna forma, de la forma apropiada, preferentemente, si era posible, una pareja de hermanas instruidas y competentes pero con ventaja para un matrimonio si las demás cualidades eran señaladas. Ya eran innumerables los solicitantes, los candidatos, los sitiadores de la puerta de todo el que se pensara que tenía voz en el asunto, y el señor Grant-Jackson, que era diplomático a su manera, y cuya voz, aunque quizá no muy sonora, tenía tonos de insistencia, había encontrado que su preferencia se dirigía a alguna persona o par de personas que fueran decentes y tontas. Los Gedge parecían haberle causado la impresión de aguardar en silencio, aunque daba la casualidad de que ningún entrometido les había llevado hasta allá lejos, en el Norte, ni una insinuación de dicha o de peligro; y la feliz inspiración, por lo demás, se la había dado a él obviamente un recuerdo que, aunque ya poco fresco, nunca había producido semejante fruto.

Morris Gedge, siendo joven, había llevado durante unos pocos años una pequeña escuela privada, del tipo llamado preparatorio, y entonces había tenido la suerte de recibir bajo su techo al hijito de ese gran hombre, que en aquel tiempo no era tan grande. El niñito, durante

una ausencia de sus padres de Inglaterra, había estado peligrosamente enfermo, tan peligrosamente que les habían llamado a toda prisa, aunque con la inevitable tardanza, desde un país lejano -se habían ido a América, con todo el continente y el gran mar que volver a cruzar-, y al llegar habían encontrado al niño salvado, pero salvado, como no pudo menos de salir a la luz, por la extremada atención y el perfecto juicio de la señora Gedge. Sin hijos propios, ella había tomado especial afecto al más diminuto y tierno de los alumnos de su marido, y los dos habían temido como terrible desastre el daño a su pequeña actividad que podría causar el perderle. Personas nerviosas, ansiosas, sensibles, con un orgullo como se daban cuenta ellos, por ese lado por encima de su posición, que ni en el mejor de los casos pasaba de oscura, le habían cuidado con terror y le habían sacado adelante con agotamiento. El agotamiento, tal como llegó, les dominó prematuramente y, por no se sabe bien qué razón, se las había arreglado para establecerse como su destino permanente. Como decían, la muerte del niño habría acabado con ellos, pero su recuperación no les había salvado; con su sencillez huraña pero rígida, no creían que aquello se les hubiera convertido en un tesoro más indirecto. De ninguna forma iba a ser tesoro de sus sueños, ni de su vida en vigilia;

y los años sucesivos habían avanzado cojeando bajo su propio peso, tropezando de vez en cuando, y dejando por poco de tirarles en el polvo. La escuela no había prosperado, y había ido menguando hasta cerrarse. Había decaído la salud de Gedge, y aún más, toda señal en él de alguna capacidad de darse a conocer como hombre práctico. Había probado varias cosas, había probado a muchas personas, pero al fin lo que parecía era que los demás le habían puesto a prueba a él, por igual. Sobre todo, en la época en que hablo, los demás ponían a prueba a sus sucesores, mientras que él mismo, con el efecto de atontada felicidad que, en su caso, derivaba del mero aplazamiento del cambio, estaba a cargo de la gris biblioteca municipal de Blanckport-on-Dwindle, toda ella granito, niebla y novelas femeninas. Esa era una situación en que su inteligencia en general -reconocida como su punto fuerte- sin duda aparecía ante quienes le rodeaban menos como una sensación de esfuerzo que como ese dominio de los detalles en que se le reconocía como débil.

Fue en Blanckport-on-Dwindle donde el rayo de plata le alcanzó y le traspasó, como alternativa en vez de dispensar libros de esquinas dobladas, cuyos mismos títulos, en labios de las innumerables chicas gárrulas, eran un desafío a su temperamento, fue como se le presentó la custodia de tan diferente templo. El honorario ofrecido era poco diferente del escaso sueldo que entonces le pagaban, pero, aunque hubiera sido menos, el interés y el honor le habrían parecido decisivos. El santuario que iba a presidir -aunque siempre le había faltado ocasión para acercarse a él- se le antojaba el más sagrado que conocían los pasos de los hombres, el primer hogar del supremo poeta, la Meca de la raza angloparlante. Las lágrimas subieron a sus ojos antes que a los de su mujer al mirar en torno su estrecha prisión actual, tan grave de cultura, tan fea de industria, tan vuelta de espaldas a todo sueño, tan intolerable a todo gusto. Sentía como si se hubiera abierto una ventana a una gran tierra verde y boscosa, una tierra de bosque que tuviera un nombre glorioso e inmortal, que estuviera poblada de figuras vívidas, todas ellas célebres, y que lanzara un murmullo, profundo como el sonido del mar; que fuera el deslizarse rozando la sombra del bosque, de toda la poesía, toda la belleza, todo el color de la vida. Sería prodigioso que él guardara la llave de ese mundo transfigurado. No; no podía creerlo, ni aun cuando Isabel, al ver su cara, se acercó y le besó para ayudarle. El movió la cabeza con una sonrisa extraña.

-No lo conseguiremos. ¿Por qué lo habíamos de conseguir? Es perfecto.

-Pues si no, sencillamente, será una crueldad suya; lo cual es imposible cuando ha esperado todo este tiempo para ser bondadoso.

La señora Gedge sí creía; ella sí estaba dispuesta; ya que las anchas puertas del mundo de la justicia se habían abierto de repente ante ellos, lo conocerían ante todo en forma de justicia poética. Ella tenía fe en su protector; era algo repentino, pero ahora estaba completo.

-Se acuerda; eso es todo, y esa es nuestra fuerza.

-¿Y cuál es la suya? -preguntó Gedge-. Quizá quiera sacarnos adelante, pero eso es diferente de ser capaz. ¿Cuáles son nuestras ventajas especiales?

-Bueno, que somos lo que viene al caso.

Su conocimiento de lo necesario para el caso, hasta ahora, gracias a una escasa información, era de lo más vago, y nunca había estado en el lugar sagrado, lo mismo que su marido, pero ya se veía agitando una mano elegantemente enguantada sobre una colección de objetos notables y diciendo a una compacta multitud de personas impresionadas y con la boca abierta: «Y ahora por aquí, por favor.»

Hasta se escuchaba responder con prontitud y decisión alguna pregunta ocasional de un visitante cuya audacia prevaleciera sobre el respeto. Una vez, hacía unos años, había estado con una prima suya en un gran castillo del Norte, y así es como la encargada les había llevado por ahí. Y no era además, tampoco, que pensara en sí misma como encargada de la casa: estaba muy por encima de eso, y el gesto de su mano no dejaría de mostrarlo. Eso, y mucho más, resumió al contestar a su compañero:

-Nuestra ventaja especial es que eres un caballero.

-¡Ah! dijo Gedge, como si nunca lo hubiera pensado, y, sin embargo, como si además apenas valiera la pena de pensarlo.

-Ya lo veo todo- ella siguió, han tenido gente vulgar, y encuentran que no sirven. Nosotros somos pobres y modestos, pero todos pueden ver lo que somos.

Gedge caviló:

-¿Quieres decir...?

Más modesto que ella, no sabía bien qué quería decir.

-Somos refinados. Sabemos hablar.

-¿Sabemos? -se preguntó él, de repente.

Pero ella, desde el principio, estaba más segura de todo que él; de modo que unas pocas semanas después,

cuando la sombra de la incertidumbre aunque era sólo una sombra había crecido hasta casi ponerle enfermo, ella tuvo el triunfo de llegar con la noticia de que estaban nombrados por las buenas.

-Tenemos una paga pobre, aunque nos arreglaremos -había insistido en su punto en esa ocasión. Pero estamos altamente cultivados, y para ellos, el obtener eso, ¿no lo ves?, sin meterse demasiado por el lado de las pretensiones y exigencias, debe ser exactamente su sueño. Nosotros no tenemos posición social, pero no nos importa el no tenerla; ¿o nos importa?, un poco, que es porque sabemos la diferencia entre realidades y falsedades. Nos atenemos a la realidad y eso nos da ese sentido común, que los vulgares tienen menos que nada, y que, sin embargo, debe necesitarse allí, al fin y al cabo, tanto como en cualquier otro sitio.

Su compañero la seguía, pero caviloso, como si su horizonte, en unos momentos, se hubiera vuelto tan grande que casi se hubiera perdido en él y requiriera nueva orientación. Los brillantes espacios le rodeaban; sólo el unirse a ellos ya daba un arco más noble al cielo.

-Permíteme que nos agarremos un poco también a lo romántico. Me parece que eso es lo bonito. Lo hemos echado de menos toda nuestra vida, y ahora ha llegado. Nos entregaremos a ello. Nos hartaremos de ello.

Le miró a la cara, a ver qué efecto hacía en ella esa perspectiva, y la suya se iluminó como si de repente él se hubiera vuelto guapo.

-Claro; viviremos como en un cuento de hadas. Pero lo que quiero decir es que daremos, en cierto modo muy contentos, tanto como recibamos. Con todo lo demás por ejemplo, somos limpios.

La carta les había llegado durante el desayuno, y ella sacó una mosca del plato de la mantequilla.

-Así es como conservaremos el sitio -con lo cual trasladó desde el sofá a encima del pequeño piano una lata de galletas que se había negado a dejarse apretar en la alacena. En Blanckport vivían en cuartos alquilados, de la clase más baja, como se sabía que declaraba ella, con una libertad que en Blanckport parecía ligeramente maligna. El Lugar del Nacimiento -y eso por sí mismo ya era una exaltación, después de tal vida- no sería cosa de cuartos alquilados, puesto que se reservaba una casa al lado para el custodio, una casa adyacente, igual que hay una vieja y linda casa de párroco a menudo al lado de una extraña

iglesia antigua. Todo ello junto sería su hogar, y un hogar que formaría un pequeño mundo que ellos nunca querrían dejar. Se extendió ella en la ganancia, en ese sentido, para sus ingresos; como, evidentemente, el sueldo no era ninguna mejoría, la casa, al dársela, haría toda la diferencia. El asintió a ello, pero distraídamente, y ella se sintió casi impaciente ante el vagabundeo de sus pensamientos. Era como si para él algo -el mismo enjambre de sus pensamientos- le vetara la vista; y por fin él mismo mostró lo que era.

-¡Lo que no puedo hacerme cargo es de que sea tal hombre...!

Casi se derrumbó, de la emoción interior.

-¿Tal hombre?

-El, él, EL...! -Era demasiado.

-¿Grant-Jackson? Sí, es una sorpresa, pero ya se ve que todo este tiempo tendría intenciones de conseguirnos lo que hacía falta.

-Quiero decir El -replicó Gedge, más fríamente-, que lleguemos a familiarizarnos y a intimar; pues eso es lo que pasará. Viviremos al lado mismo de El.

-Claro; eso es lo bonito. -Y añadió ella, muy alegremente-: Cuanto más vivamos, más le querremos.

-Sin duda, pero es bastante terrible. Cuanto más le conozcamos -reflexionó Gedge-, más le querremos. Hasta ahora, ya ves, no le conocemos excesivamente.

-Le conocemos tanto, imagino, como la clase de gente que han tenido. Y probablemente no es tan terriblemente necesario -a no ser que uno quiera, como queremos nosotros-. Porque ahí están los datos.

-Sí, ahí están los datos.

-Quiero decir los principales. Eso es lo único que necesita la gente, la gente que viene.

-Sí, eso debe ser lo único que necesitan ellos.

-Así que eso es lo único que han necesitado saber los que estaban a cargo.

-Ah -dijo él, como si fuera cuestión de honor-, nosotros debemos saberlo todo.

Ella asintió alegremente; él se dio cuenta de que ella tenía el mérito de mantener el caso dentro de sus límites.

-Todo. Pero sobre él, personalmente -añadió ella-, no hay, ¿verdad?, lo que se dice mucho.

-Más, me parece, de lo que había antes. Han hecho descubrimientos.

Era una idea grandiosa.

-¡Quizá nosotros haremos más!

-Ah, me contentaré con estar un poco más enterado de lo que se ha hecho.

Y posó los ojos en una estantería de libros, la mitad de los cuales, poco gastados pero muy descoloridos, eran

de la florida especie del regalo, y pertenecían a la casa. De los que eran suyos, la mayor parte eran ejemplares corrientes de obras de referencia, sin excluir un viejo diccionario Bradshaw y un catálogo de la biblioteca municipal.

-Ni siquiera tenemos una colección nuestra. De sus obras -explicó, en rápido rechazo del sentido más obvio en que ella lo podría haber tomado.

Como prueba del escaso alcance de sus propiedades, eso sonaba casi abyectamente, hasta que el doloroso sofoco con que se encontraron reunidos en reconocerlo se derritió al fin transformándose en un diferente fulgor. Era exactamente de esa clase de pobreza de lo que su nueva situación les consolaría, por su hechizo intrínseco. Y la señora Gedge tuvo una idea feliz:

-¿No las tendría, más o menos, la Biblioteca?

-¡Ah, no, no tenemos nada de eso! ¿Qué te crees que somos?

Sin embargo, eso no era más que el juego del buen humor de Gedge: la forma que más frecuentemente tomaban en él la depresión o el buen ánimo era su acritud en cuanto a los gustos literarios de Blanckport. Nadie lo conocía tan profundamente. De hecho, para él era una señal horripilante sobre el futuro el hecho de que el encanto de la idea de marcharse aumentara intensamente con la perspectiva de escapar a tal futuro. La institución a que él servía, desde luego no merecía el reproche especial en que había florecido su ironía; y, por supuesto, que si las varias Colecciones en que las Obras estaban presentes parecían algo polvorientas, el polvo era un poco culpa suya. Para compensarlo, ahora, tuvo la visión de dedicar inmediatamente todo su tiempo a estudiarlas; incluso, ya se veía, inflamado con una nueva pasión, afanosamente comentando y cotejando. La señora Gedge, que había sugerido que, hasta que se trasladaran, deberían leerle habitualmente todas las noches -seguros como estaban de leerle aún más cuando estuvieran en cercanía a El-, la señora Gedge sentía también el hechizo, a su manera; de modo que quizás iba a quedar como la época más feliz de sus difíciles vidas esa temporada de ratos a la luz de la lámpara, después de cenar, en que, tomando alternativamente el libro, declamaron, y casi representaron, a su beneficente autor. Pronto llegó a ser más que su autor: su amigo personal, su luz universal, su autoridad definitiva, su divinidad. Ya se preguntaban: ¿a dónde habrían ido a parar sin él? Para cuando llegó su nombramiento en debida forma, su relación con él se había desarrollado inmensamente. Era divertido para Morris Gedge que hace tan poco se hubiera ruborizado

de su ignorancia, y se lo hizo observar a su mujer en la última hora que pudieron dedicar a su estudio, antes de ponerse en marcha, a través del país, hacia el escenario de su romántico futuro. Era como si, en profundos y apretados latidos, en frescas oleadas que rompían de repente bañando su mente, le hubiera llegado toda la posesión y comprensión y simpatía, toda la verdad y la vida y la historia, y le hubiera llegado para quedarse definitivamente.

-Es absurdo -no vaciló en decir- hablar de que no «conocemos». En la medida en que no conocemos es porque somos unos burros. El está en la realidad, sumergido del todo, y cuanto más nos metamos en ella más estamos con El. En todo caso, me parece que le veo a El en la realidad como si estuviera pintado en la pared.

-¡Ah!, ¿no es verdad que se le ve, de tanto como le queremos? ¿Y no notas dónde está? preguntó bellamente la señora Gedge. Le vemos porque le queremos; eso es lo que pasa. ¿Cómo no le íbamos a ver, al querido viejo, con todo lo que está haciendo por nosotros? No hay luz -se puso sentenciosa como el verdadero cariño.

-Sí, supongo que es así. Y sin embargo -caviló su marido-, veo los defectos, pobre de mí.

-Eso es porque eres tan crítico. Los ves, pero no te importan. Los ves, pero los perdonas. No los debes mencionar allí. Ya sabes que no vamos a estar allí para eso.

-¡Claro que no! -se rió él-, echaremos fuera a quien aluda a ellos.

2

Si la dulzura de los meses anteriores había sido grande, también fue grande, aunque casi excesivo en cuanto agitación, el asombro de estar por las buenas alojados con El, de pisar día y noche las huellas que El había dejado, de tocar los objetos, o en todo caso, las superficies, las sustancias, por donde habían pasado sus manos, y que habían rozado sus brazos y sus hombros, de respirar el aire -o algo no muy diferente a él- en que había sonado Su voz. Al principio tuvieron un poco de sorpresas, de desconciertos; el sitio era a la vez más humilde y más grandioso de lo que se habían figurado exactamente, más a la vez una casita de campo y un museo, un poco más arcaicamente desnudo y sin embargo un poco más ricamente oficial. Pero tuvieron la intensa sensación de que el punto de vista para la inevitable facilidad de la conexión les aguardaba con paciencia e indulgencia; además de lo cual, desde el primer anochecer, después de la hora de cierre, cuando se marchaba el último incoloro peregrino, ese simple hechizo, esa presencia mística -como si la hubieran tenido sólo para ellos

mismos- eran lo más que podían haber deseado. Por cuidado de Grant-Jackson, y además de una tabla de instrucciones y advertencias -cuyo número y, en algunos casos, cuya naturaleza les hizo sentirse un poco deprimidos-, habían recibido diversas pequeñas guías, manuales, homenajes de viajeros, memoriales literarios y otras publicaciones baratas, que, sin embargo, por el momento quedarían absorbidos en el interesante episodio de la inducción o iniciación que se les había preparado por adelantado, a manos de varias personas cuya relación con esa institución era, por ser superior a la de ellos, aún más oficial, especialmente la de una de las señoras que durante tantos años habían hecho frente a todo. En cuanto a las instrucciones desde arriba, en cuanto a los folletos de a chelín y los datos bien conocidos y la leyenda bien hinchada, la supervisión, la sujeción, la sumisión, la vista como de una jaula en que debería circular y un surco por el que se debería deslizar, Gedge había conservado cierta libertad mental, pero toda capacidad de reacción pareció abandonarle de repente ante la presencia de su predecesora, tan visiblemente competente, y como efecto de sus buenos oficios. No tenía el recurso, de que disfrutaba su mujer, de verse, con impaciencia, engalanado de seda negra, con un corte caracterizado por el toque exacto de austeridad; de modo que esa persona, firme, suave, experta y de una mediana edad absolutamente respetable, sin saber cómo, le había dejado completamente a merced de ella, en todos los aspectos.

Evidentemente hubo algo de momento de contrición cuando, como lección -ella se iba a quedar todavía un día o dos sobre el terreno-, él aceptó la sugerencia de la señorita Putchin de «dar una vuelta» con ella y con las sucesivas escuadras de visitantes con que ella iba a habérselas. Admiró su método -vio que debía haber un método-; la admiró por sucinta y decidida, pues ahí estaban los datos, como había dicho su mujer en Blanckport, y había que liquidarlos en ese tiempo; pero se sintió un poco como un niño al ir colgado, una y otra vez, con la señora Gedge, a la cola del cometa humano. La idea era que, con esta presencia, captaran más plenamente los posibles accidentes e incidentes, como quien dice, de la relación con el gran público en que se iban a encontrar; y la agitada percepción que el pobre hombre tenía del gran público rápidamente se hizo tal como para resistirse a ninguna distracción más baja que la de las admirables maneras de su guía. Su atención pasaba de sus pasmados acompañantes a la sacerdotisa de seda negra, a quien no hacía más que preguntarse si él o Isabel podían esperar parecerse remotamente alguna vez; luego volvía a

rebotar incansablemente a las numerosas personas que le revelaban, como nunca se le había revelado, la feliz capacidad de los sencillos para quedarse colgados de los labios de los sapientes. Lo notable parecía ser -y muy sorprendentemente- que el asunto era fácil, y el esfuerzo, que como tal esfuerzo habían temido, era moderado; de modo que podría haberse quedado intrigado, de haberse sorprendido claramente en ellos si hubiera reconocido, como efecto último de la impresión, una extraña ausencia de capacidad para descansar en ella, una agitación en lo hondo de su interior, que amenazaba vagamente crecer. «Ya ven, no es muy complicado», parecía añadir la señora de seda negra, junto con todo lo demás, a su manera arreglada, tersa, alegre; a pesar de lo cual él ya, la primera vez -esto es, después de que varios grupos entraron y salieron y subieron y bajaron-, llegó a preguntarse si no era algo más serio de lo que ella se imaginaba. Ella era, por decirlo así, la bondad en persona, era toda estímulo y tranquilizamiento, pero era precisamente su fragancia ligeramente áspera a esas mismas cosas, lo que, a fuerza de repetición, antes de que se separaran, ensombreció un poco, según notó él mismo, la luz de su sonrisa agradecida. Eso, a su vez, ella lo tomó como síntoma de alguna debilidad que se quejaba en él, él nunca podría ser tan valiente como ella; así que remató con unas pocas palabras agradables desde lo más hondo de su experiencia:

-Ya se meterá en ello, no tenga miedo; saldrá: y entonces se sentirá como si nunca hubiera hecho otra cosa.

Después él sabría que, allí mismo, en ese momento, él debió empezar a parpadear un poco ante tal amenaza; que el poder llegar a sentirse como si nunca hubiera hecho otra cosa más que lo que hacía la señorita Putchin, se elevaba ante él, en germen, como un castigo que sufrir. El apoyo que ella ofrecía, sin embargo, seguía impresionándole: ella puso todo el asunto sobre esa sólida base al decir:

-Ya ve que ellos son muy simpáticos en esto: se toman mucho interés. Y nunca hacen nada que no deban. Eso siempre lo fue todo para mi madre y para mí.

«Ellos», ya se había dado cuenta Gedge, se refería constantemente y en grande, en la conversación de la buena mujer, a los millones de personas que se deslizaban por la casa; el pronombre en cuestión estaba siempre en sus labios, las hordas que representaba le llenaban la conciencia, la suma de sus números contribuía a su gloria. La señora Gedge le salió prontamente al encuentro.

-En efecto, debe ser delicioso ver el efecto en tantos, y sentir que una puede quizás hacer algo por hacerlo... bueno, permanente.

Pero él se quedó callado al darse cuenta con más intensidad de que ése era para él un nuevo modo de ver tal

referencia; de que él nunca había pensado en la cualidad de ese lugar como derivada de Ellos, sino de Algún Otro, y que Ellos, en resumen, parecían haber llegado al punto de echarle fuera a El. Se encontró incluso sintiéndose un poco ofendido de eso por El, lo que quizá tuvo que ver con el matiz ligeramente maligno de su inmediata pregunta:

-¿Y Ellos son siempre, como pudiera decirse... mm... estúpidos?

-¡Estúpidos!

Ella se quedó mirando pasmada, como si nadie pudiera ser semejante cosa en tal relación. Nadie había sido nunca nada que no fuera decente y alegre y elocuente, salvo para ser atento e inobjetable, y en la medida de lo posible, americano.

-Lo que quiero decir es -explicó él-, ¿hay una proporción perceptible de ellos que se toman interés por El?

Su mujer le dio un pisotón; no le gustaba la ironía. Pero ese error, afortunadamente, no fue advertido por la señora.

-Por eso precisamente es por lo que vienen, porque se toman tal interés. A veces pienso que se toman más interés que por nada en el mundo.

Tras de lo cual la señorita Putchin miró alrededor el sitio.

-¿Es bonito, no cree, el modo como lo han puesto ellos ahora?

Gedge vio que éste era un «ellos» diferente; se refería a los poderes que había; la gente que le había nombrado, la Corporación que gobernaba e inspeccionaba, respecto a la cual él haría notar luego a la señora Gedge que uno -era la dificultad- no sabía «dónde ponerla». Su mujer, perpleja, puso en duda por un momento la necesidad de ponerla en ningún sitio, y él dijo, de buen humor:

-Claro, está muy bien.

En efecto, estaba bastante contento con los últimos toques que la señora había dado al cuadro.

-Hay muchos que cuando vienen ya lo saben todo, y muchas veces los americanos están tremendamente enterados. Yo y mi madre -fue su único desliz- realmente disfrutábamos con el interés de los americanos. A veces teníamos noventa al día, y todos queriendo verlo y oírlo todo. Pero ustedes se las arreglarán con ellos; ya verán el modo; todo es la experiencia.

Para consuelo de él, volvía a eso. Volvía también a otras cosas; hacía justicia a la considerable clase de visitantes que llegaban seguros y bien preparados.

-Hay los que saben más de esto que nosotros. Pero eso es sólo porque les interesa.

-¿Que saben más de qué? -preguntó Gedge.

-Bueno, del sitio. Quiero decir que tienen sus ideas... de lo que es todo, y dónde está, y dónde debería estar. Sí que hacen preguntas -dijo, pero no tanto como amonestación cuando como por la complacencia de ser experta y sólida-, y se le echan a uno encima en cuanto creen que uno se equivoca. ¡Como si uno pudiera equivocarse! Uno sabe demasiado -sonrió sagazmente-, o llega a saberlo.

-Ah, ¿entonces hay que saber demasiado, no?

Y Gedge ahora sonrió también. Creía saber lo que quería decir.

-Bueno, hay que saber tanto como cualquiera. Por lo menos, yo pretendo saberlo -afirmó la señorita Putchin-. Nunca me han pillado, de veras.

-Estoy muy segura de que es verdad -dijo la señora Gedge con una exaltación casi personal.

-Claro -añadió él, no quiero que me pillen.

Ella contestó que, en tal caso, *Ellos* caerían encima, y él comprendió que esa vez se refería a los poderes de arriba. Esto avivó su sensación de todos los elementos con que había que contar, pero al mismo tiempo percibió que los poderes de arriba no eran lo que él debería temer más.

-Me alegro -observó- de que hagan preguntas alguna vez; pero me he dado cuenta casualmente, ya ve, que nadie las ha hecho hoy.

-Entonces se le han pasado varias, y no se ha perdido nada. Me hicieron tres o cuatro preguntas demasiado tontas para recordarlas. Pero claro que la mayor parte son tontas.

-¿Quiere decir las preguntas?

Ella se rió de la mejor gana.

-Sí, señor; no quiero decir las respuestas.

Con lo cual, despreciado y silencioso por un instante, él se sintió como uno de la multitud. Luego eso le puso ligeramente maligno.

-No sabía sino que usted se refería a la gente en general; hasta que recordé que debo entender de usted que *ellos* tienen buen juicio, sólo que de vez en cuando fallan.

No fue realmente hasta entonces, le pareció, cuando ella perdió la paciencia: él había asumido un aire examinador, sin duda mucho más de lo que pretendía.

-Ya verá usted mismo.

De lo cual él estuvo muy seguro. En efecto, estuvo tan dispuesto a aceptarlo que ella se avino a un pleno acomodo y dijo francamente que de vez en cuando ellos se salían de su cauce, no los tontos, oh, no, los intensamente preguntones.

-Hemos tenido discusiones muy vivas, no sabe, sobre puntos muy conocidos. Quieren que todo sea a su gusto, y ya sé por dónde van a salir en cuanto les veo. Esa es una de las cosas que pasan con uno: se llega a saber qué clases hay. Y si es de eso de lo que tiene miedo, de que le pillen por su cuenta -tuvo la suficiente gracia de añadir-, no hace falta que se preocupe en absoluto. ¿Qué saben ellos, después de todo, si para nosotros es nuestra vida? Yo nunca he cedido una pulgada, porque, ya ve, no habría estado aquí si no supiera por dónde andaba. Usted tampoco estará dentro de un año (ya sabe lo que quiero decir, que se ponga imposible) si no lo hace. Espero que así sea, a pesar de sus imaginaciones. -Y volvió a asentarse una vez más en roca viva-. Ahí están los datos. Si no, ¿dónde estaríamos ninguno de nosotros? Eso es lo único en que hay que basarse. Nadie, por cara dura que tenga, puede hacer que los datos sean a su gusto porque se le meta en la cabeza. Sólo puede haber una manera y -añadió alegremente al despedirse de ellos-, ¡estoy segura de que eso basta!

3

Gedge no sólo asintió ávidamente -una sola manera era suficiente si era la justa-, sino que lo repitió, varias veces, después de esa conversación, a su mujer, en momentos inesperados.

-Sólo puede haber una manera, una manera -continuó observando, aunque muy como si fuera una broma; hasta que ella le preguntó cuántas más suponía que necesitaba ella.

El no respondió a la pregunta, sino que recurrió a otra repetición:

-Ahí están los datos, los datos -lo cual, quizá, sin embargo, se lo guardó un poco más para sí mismo, sondeándolo de vez en cuando en diferentes partes de la casa. La señora Gedge abundó en comentarios sobre su astuta introductora, aunque no con restricciones, salvo en las maneras de su lenguaje, «yo y mi madre», un tono general, que ciertamente no era lo propio de ellos.

-No sé -dijo él-, quizás eso lo dé el sitio, puesto que no parece que dé el hablar en verso inmortal. Debe ser lo uno o lo otro, parece que se ve. Supongo que dentro de unos pocos meses yo también andaré así, «yo y mi esposa».

-¿Por qué no «yo y la mujer» inmediatamente? -preguntó la señora Gedge ofendida.

En otro momento observó:

-Me parece que no sé muy bien qué te pasa.

-Es sólo que estoy agitado, terriblemente agitado; y no veo cómo no se pueda estarlo. No querrás que uno se deje caer en este empleo como en un nombramiento en Correos. Aquí mismo, se me sube a la cabeza, ¿cómo se puede remediar? Pero nos iremos haciendo a ello y quizá -dijo, con una implicación de la otra posibilidad que sin duda no era más que parte de su sutil éxtasis- sobreviviremos a ello.

El sitio obraba sobre su imaginación, ¿cómo no, sin duda? Y su imaginación obraba sobre sus nervios, y esas cosas juntas, con su vivacidad general y su reciente inmersión completa, le hacían casi imposible el descanso, de modo que apenas se podía acostar de noche e incluso durante la primera semana más de una vez se levantó de madrugada, parado, sentado, escuchando, interrogándose, pensando entre el silencio, como para recobrar sin duda algún eco, para sorprender algún secreto del *genius loci*. No lo podría haber explicado, y en realidad no necesitaba explicarlo, al menos para sí mismo, ya que ese impulso sencillamente le sostenía y le agitaba; pero la hora de después de cerrar, la hora, sobre todo, de después de la gente... de Ellos, como se sentía en camino de llamarles él también, predominantes, insistentes, todos en primer plano –le aportaba, o debía haberle llevado- según le parecía ver, más cerca de la Presencia que había en ese santuario, ampliando la oportunidad de comunión e intensificando la sensación de ella. Esas rondas nocturnas, como las llamaba él, resultaban inquietantes para su mujer, que no estaba dispuesta a participar en ellas, afirmando con decisión que todo ese lugar era el sitio más inabordable después del oscurecer. Se alegraba de la claridad de su propia pequeña residencia, aunque estaba contigua, donde despabilaba la lámpara y removía el fuego y oía cantar el agua hirviendo, mientras reparaba las omisiones de la criadita que dormía fuera; se veía a sí misma por adelantado, con bastante rapidez, trazando, más bien tajantemente, la línea entre su propio territorio y aquél en que podría errar el Gran Espíritu. Estaría con ellos, el Gran Espíritu, todo el día, aunque precisamente al hacer esa

observación, y en esa forma, a su marido, él contestó con un extraño: «¿Pero querrá estar él, sin embargo?» Y se imaginó vagamente cómo obtener un antídoto doméstico, al cabo de poco tiempo, precisamente en forma de cortinas más marcadamente corridas y todo de lo más moderno y vivo, el té, el adorno del papel de pared, los periódicos, incluso las novelas femeninas contra las que habían reaccionado en Blanckport, cultivadas ahora muy en desafío.

Sin embargo, esas posibilidades estuvieron muy bien, como dijo su compañero, durante todo el primer otoño: ellos habían llegado a fines del verano: como si él estuviera más que contento con unos cuartos sólo para él a los que tenía acceso desde atrás, saliendo por su puerta baja hacia los pocos escalones que los comunicaban con el Lugar del Nacimiento. Con su lámpara siempre cuidadosamente cubierta y sus llaves bien atendidas, que le hacían disponer de tesoros, cruzaba el oscuro intervalo tan a menudo que ella empezó a calificarlo como una costumbre que «crecía». Hablaba de ello casi como si él se hubiera dado a la bebida, y él le seguía el humor confesando que era un trato fuerte. En conjunto, esa había sido realmente su sensación: era extraño y profundo para él el hechizo de las silenciosas sesiones antes que apareciera la familiaridad y, en cierto ligero grado, la decepción. El aspecto expositorio de esa institución le había llamado la atención, ya al llegar, como algo que cualificaba mucho su carácter; apenas sabía qué era lo mejor que podía haber esperado, pero los tres o cuatro cuartos estaban demasiado sobrecargados a la chillona luz del día, de bustos y reliquias, ni siquiera siempre ostensiblemente de El, viejos grabados y viejas ediciones, viejos objetos formados a semejanza de El, mobiliario «de la época» y autógrafos de célebres adoradores. En las horas de silencio y la profunda sombra, sin embargo, bajo el juego de la lámpara en movimiento y de su propia emoción, esas cosas recobraban también su ventaja, contribuían al misterio, o en todo caso a la impresión, parecían conscientes de ofrecerse al poeta como personales. Ninguna de ellas lo era de modo real o indiscutible, pero al cabo de una larga asociación, habían llegado a estar en el secreto, como lo expresaba siempre Gedge, y era sobre el secreto sobre lo que les preguntaba mientras erraba inquieto. Sólo al cabo de varios meses descubrió qué poco tenían que decirle, y se quedó muy tranquilo con ellas cuando supo que no estaban en absoluto donde su sensibilidad había empezado por situarlas. Estaban tan fuera de ello como él; sólo que, para hacerles justicia, le habían hecho sentir inmensamente. Y sin

embargo, no eran ellas las que lo habían hecho más, ya que su sentimiento poco a poco se había abierto paso a refinamientos profundos, más profundos.

El *Sancta Sanctorum* del Lugar del Nacimiento era la baja y sublime Cámara del Nacimiento, sublime porque, como solían decir los americanos -a diferencia de los nativos, ellos solían encontrar palabras-, era tan patética; y patética porque era... bueno, en realidad ninguna otra cosa de este mundo que se pudiera nombrar, numerar o medir. Estaba tan vacía como una cáscara cuya nuez se ha marchitado y no contenía ni bustos ni grabados ni ejemplares antiguos; sólo contenía el Hecho; el Hecho mismo, que, mientras se quedaba allí parado y lleno de sentimiento a medianoche, nuestro amigo, conteniendo el aliento, permitía que penetrara en él. El tenía que considerarlo como el lugar donde el espíritu andaría más, y por tanto donde más se le encontraría con posibilidades de reconocimiento y reciprocidad. Muy probablemente *El* no había habitado mucho ese cuarto, ya que los hombres, por regla general, no solían convertir para su uso posterior, ni implicar en su más amplio destino la escena misma de su nacimiento. Pero como había momentos en que, en el conflicto de teorías, la única certidumbre que sobreviviera para el crítico amenazaba ser que El -a diferencia de otros hombres de éxito- *no* hubiera nacido, entonces Gedge, aunque con poco de crítico, se aferraba a los pocos pies cuadrados de espacio que se conectaban, aunque débilmente, con su presencia real. El tenía poco de crítico, no lo era nada; no había intentado tener tal personalidad antes de llegar, ni llegaba para pretenderlo; además, felizmente para él, iba viendo día tras día de qué poco le serviría eso. Para él, la actitud de un elevado experto sería claramente una piedra de tropiezo, y el regocijarse, a medida que pasaba el invierno, por su ignorancia, fue una de las afirmaciones que, con sus extrañas maneras se propuso enunciar a su mujer. Ella lo negó, pues, ¿no había estado presente ella desde el primer momento de su piadoso e incansable estudio de todo lo relacionado con el tema? Tan presente, que ella misma había aprendido sobre ello más de lo que nunca le había parecido probable. Luego, en segundo lugar, él no iba a proclamar desde lo alto de los tejados ningún punto en que pudiera estar flojo, pues, ¿quién sabía, si se difundía por ahí que eran unos ignorantes, quién sabía qué efecto produciría?

-¿Sobre la atracción -continuó él- del Espectáculo?

El había tomado la inocua costumbre de hablar del lugar como del «Espectáculo», pero a ella no le importó eso tanto como para distraerse de lo que decía.

-No; sobre la actitud de la Corporación. Ya sabes que están satisfechos con nosotros, y no veo por qué querrías echarlo a perder. Hemos entrado por los pelos; ya sabes que hemos tenido pruebas de ello, y que fue porque lo lograron conseguir quienes nos apoyaban. Pero les estamos resultando una comodidad, y es absurdo que pongas

en duda tu aptitud ante una gente que estaba contenta con las Putchin.

-No pongo en duda nada, querida mía -respondió él-, pero si lo hiciera sería precisamente por la mayor ventaja que les daba a las Putchin su sencillez de espíritu. Las mantenía firmes la calidad de su ignorancia, que era más espesa incluso que la mía. Fue un error nuestro, desde el principio, intentar corregir o disimular la nuestra. Debíamos haber esperado simplemente a volvernos unos buenos loros, a aprender nuestra lección, todo aquí mismo, con lo poco que se necesita, y echarlo fuera graznando.

-¡Ah, «graznando», cariño, qué palabra para usar sobre El!

-No es sobre El; no hay nada sobre El. A ninguno de ellos les importa El un pepino. Lo único que les importa es su cáscara vacía, o más bien, puesto que no está vacía, el relleno extraño y ridículo que tiene.

-¿Ridículo? -El la hizo con eso quedársele mirando fijamente, como no lo había hecho nunca.

Al ver la cara que ponía ella, sin embargo el destello como quizás era, de una sospecha extraña, él se inclinó bondadosamente hacia ella y le dio unos golpecitos en la mejilla.

-Vaya, está bien. Debemos apoyarnos en las Putchin. ¿Recuerdas lo que dijo ella? «Lo han puesto ellos ahora tan bonito.» Ellos lo han puesto bonito, y es un espectáculo de primera. Es un espectáculo de primera, y una residencia de primera, y El era un poeta de primera, y tú eres una mujer de primera... por aguantar tan bondadosamente, quiero decir, mis tonterías.

Ella apreció su encanto doméstico y justificó la parte de su tributo que se refería a ella misma.

-No me importa cuántas tonterías me digas, con tal que las guardes todas para mí y no se las sirvas a Ellos.

-¿A los peregrinos? No -concedió-, no sería decente, a Ellos. Ellos tienen buena intención.

-¿Qué quejas tenemos que dar de ellos, después de todo, mientras no arranquen pedazos, como nos dijo la señorita Putchin que solían hacer tan terriblemente, para escondérselos encima? Por lo menos les acusaba de eso.

-Sí -volvió a meditar Gedge-, ¡ojalá no lo hubiera hecho!

-¿Te gustaría que destruyeran y se llevaran las reliquias? ¡Eso es lo único que querrían!

-No hay reliquias.

-No las habrá pronto, a no ser que tengas cuidado.

Pero él ya se reía, y no se abandonó la conversación sin que él le volviera a dar golpecitos. Sin embargo, a ella le quedó alguna que otra impresión de eso, como pudo ver él por una pregunta que hizo a la mañana siguiente:

-¿Qué querías decir ayer con lo de la sencillez de la señorita Putchin, que «la mantenía firme»? ¿Quieres decir mentalmente?

Su «mentalmente» era bastante sorprendente, pero él confesó:

-Bueno, que la mantenía en pie. Mejor dicho -corrigió, riendo-, que la retenía abajo.

Realmente era como si ella se sintiera un poco incómoda.

-¿Consideras que hay peligro de que te afecte? Ya sabes lo que quiero decir. De que se te esté subiendo a la cabeza. Ya sabes -insistió, como él no decía nada-. A fuerza de preocuparte por él así. En ese caso tendrías razón en que ha sido un error que te sumerjas tan hondo.

Y entonces, como su modo de escuchar sin contestar, aunque con cara un poco triste por ella, podría haber denotado que veía que había algo de verdad en ello, aun con toda su exageración en el modo de decirlo:

-Abandona tus rondas. Guárdalas para durante el día. Guárdalas para *Ellos*.

-Ah -sonrió él-, ¡si fuera posible! Mis rondas -añadió-, son lo que más disfruto. Son el único momento, como te he dicho ya, en que estoy realmente con *El*. Luego no veo el sitio. El no es el sitio.

-No me importa lo que «no veas» -respondió ella con vivacidad-, la cuestión es lo que sí ves.

-Bueno, aunque lo fuera -él esperó antes de asentir.

-¿Sabes lo que hago a veces? -Y luego, mientras ella esperaba también: En el Cuarto del Nacimiento, allí, cuando entro a mirar de noche, muchas veces apago mi luz. Eso lo pone mejor.

-¿Qué es lo que pone mejor?

-Todo.

-Entonces, ¿qué es lo que ves en la oscuridad?

-¡Nada! -dijo Morris Gedge.

-¿Y dónde está el gusto de eso?

-Bueno, lo que dicen las señoras americanas. Es fascinante.

4

El otoño fue intenso, como les había dicho la señorita Putchin que sería, pero, naturalmente, el trabajo bajó con los meses de invierno y los días cortos. Rara vez había una hora, a pesar de eso, sin alguna clase de visita, y nunca se les permitía olvidar que ellos mantenían, como podían decir, la tienda del mundo donde la clientela fluctuaba menos. Las estaciones influían en ello, como influyen en los viajes, pero ninguna otra influencia, consideración o convulsión a que está expuesta la población del globo. Esta población, nunca exactamente en hordas simultáneas, pero en un flujo pleno, rápido y constante, pasaba a través de su molino de suave funcionamiento, y seguía adelante, a su manera ingenua, debidamente impresionada y edificada en su variedad de grados. Gedge se entregó, con mucho ingenio y ánimo, al intento de mantenerse en relación con ello; teniendo incluso en ciertos momentos, al principio, algunos atisbos de la oportunidad de que las impresiones reunidas, en tan rara ocasión, de entrar en contacto con la mente de todos, resultarían tan interesantes como cualquier otra cosa en ese sentido. Tipos, clases, nacionalidades, maneras, diversidades de conducta, modos de ver, de sentir, de expresarse, pasarían ante él y, de un modo o de otro, llegarían a ser para él la experiencia de un hombre que no había viajado. Sus viajes habían sido cortos y ahorrativos, pero la justicia poética, también, parecía inclinada a trabajar a su favor poniéndole precisamente en el punto de Europa donde la confluencia de razas era quizá más densa. Esa teoría, en todo caso, le impulsó a seguir adelante, obrando como una ayuda durante el tiempo de sus preocupados comienzos y, en cierto modo, dorando -así le caracterizó el caso a su mujer- la píldora no muy atractiva de su rutina diaria. No habían conocido a mucha gente, y su lista de visitas era corta, lo cual, una vez más, hacía que fuera justicia poética el hecho de que les visitaran en tal escala. Se vestían y se quedaban en casa, estaban de servicio y recibían, y salvo en cuanto a ofrecer refrigerios -y Gedge opinaba que acabaría por haber un *buffet* arrendado a una gran empresa-, su hospitalidad les habría hecho tan principescos como jamás haya podido hacer la mera hospitalidad. Así se lanzaron, y fue interesante, y después de estar a punto de desplomarse de fatiga, al principio, emergieron con buen resuello y tan firmes de piernas como si hubieran pasado unas vacaciones en los Alpes. Esta experiencia, opinaba Gedge, también representaba, como ganancia, un análogo curtido del espíritu, con lo que él quería decir un cierto dominio de paciencia impenetrable.

La paciencia era necesaria para un aspecto determinado de su prueba que, para cuando volvió a estar con ellos la época más animada, se había destacado como el más marcado, el asumir sin límites ciertas veracidades y santidades, la santidad en general de la leyenda con que llegaban todos. Ciertamente, él estaba bien preparado para salir a su encuentro, y daba todo lo que tenía, pero algunas veces tenía la sensación de que a sus peregrinos les ofendía vagamente que no les sirviera su manjar con una cuchara más grande. Una irritación había empezado a gruñir en él durante los meses relativamente ociosos del invierno cuando un peregrino se presentaba solo. El piadoso individuo, atendido durante su media hora, a veces había parecido ofrecerle una promesa de entretenimiento o algo parecido a una relación personal: esto volvía a compensar las pocas visitas agradables que había recibido en el transcurso de una vida casi vacía de placeres sociales. A veces le gustaba la persona, la cara, el modo de hablar; un hombre educado, un caballero, no uno del rebaño; una mujer con gracia, vaga, casual, sin darse cuenta de él, pero haciéndole preguntarse quién era ella, mientras revoloteaba en torno. Esas oportunidades representaban para él leves anhelos y ligeros sofocos; incluso, obraban en él de un modo especial y extraordinario. Le habría gustado hablar con tales compañías dispersas, hablar con ellos *realmente*, hablar con ellos como podría haber hablado si les hubiera encontrado donde no les podía encontrar -en una cena, en el «mundo», en una visita en una casa de campo-. Entonces podría haber dicho -siempre sobre el santuario y el ídolo- cosas que ahora no podía decir. La forma en que sintió por primera vez esa irritación fue al sentirse obligado a decirles -al visitante aislado, incluso cuando era simpático, tanto como al grupo pasmado- esas cosas determinadas, una temible docena, más o menos, que ellos esperaban. Si había llegado a caracterizar así esas cosas como temibles, el motivo toca el punto mismo que, dándole vueltas a todo durante algún tiempo, él no dejaba de esquivar, sin encararse con él y tratando de ignorarlo. El punto era que estaba en camino de convertirse en dos personas muy diferentes, la pública y la privada, y sin embargo, que habría de arreglárselas de algún modo para que esas personas vivieran juntas. Se estaba partiendo en dos mitades, inconfundiblemente, él que, hubiera sido lo que hubiera sido, por lo menos siempre había estado tan entero y, a su manera, tan sólido. Una de las mitades, o quizás incluso una cuarta parte, puesto que la partición prometía ser bastante desigual, era el custodio, el exhibidor, el sacerdote del ídolo; la otra pieza era el pobre hombre honrado y sin éxito que siempre había sido.

Había momentos en que reconocía ese carácter primario como nunca hasta entonces; en efecto, cuando temblaba ante la idea de que eso quizá tuviera en reserva alguna suprema manifestación de su identidad. Ese carácter era honrado, verdaderamente, sólo por razón de su posibilidad. Era pobre y sin éxito porque ahí estaba

precisamente a punto de reñir con su manera de ganarse el pan. Desde luego, la salvación -la salvación del encargado del espectáculo- sería mantenerlo rígidamente en el borde; o sea, no dejarlo ir más allá ni en una pulgada. Podría contar con ello, se decía a sí mismo, si no hubiera público, si no hubiera millares de personas pidiéndole aquello por lo que le pagaban. Veía acercarse el escenario en que le afectarían esos millares de personas -y quizás aún más el individuo que lo tomaba en serio- como si vinieran realmente a ver si se ganaba el sueldo. ¿No empezaría pronto a antojársele que estaban en alianza con la Corporación, prácticamente delegados por ésta -a la que, sin duda, se le había dado una sospecha ya encendida- para inspeccionar e informar sus observaciones? Así fue como se desplomó con el solitario peregrino que le llevó a sus primeros análisis de corazón, se desplomó en cuanto a la valentía requerida para poner sordina a las críticas a su fe. Lo que más querían todos ellos era sentir que todo estaba «igual que estaba»; sólo el choque de tener que renunciar a esa visión era mayor de lo que nadie podría soportar sin apoyo. Los malos momentos eran en el piso de arriba, en el Cuarto del Nacimiento, pues ahí las fuerzas que apremiaban en el mismo borde asumían una intensidad atroz. La mera expresión de la mirada, crédula ante todo, omnívora y discretamente humedecida en ese trance, con la que muchas personas miraban pasmadamente alrededor, podría acabar por hacerle difícil el permanecer debidamente cortés. A menudo venían en parejas, a veces uno de ellos había estado allí antes, y entonces se lo explicaba el uno al otro. En ese caso, nunca les corregía; escuchaba por la lección de escuchar; tras de lo cual observaba a su mujer que lo que aprendía no tenía fin. Veía que si realmente alguna vez se desplomaba, sería con ella con quien empezaría. Le había lanzado bastantes insinuaciones y alusiones, pero ella estaba tan inflamada de admiración que o no las notaba o fingía no entender.

La mayor complicación era que, con el regreso de la primavera y el aumento de público, los servicios de ella eran más necesarios. Ella se ponía en campaña con él, desde muy pronto; estaba presente con el grupo de arriba mientras él no perdía de vista, y sobre todo de oído, al grupo de abajo; y, ¿cómo podía saber él, se preguntaba, lo que ella les diría y lo que ella les consentiría a *Ellos* que dijeran -o mejor dicho, que creyeran, los pobres desgraciados-, mientras estaba lejos de su dominio? Un día u otro, sin tardar mucho, no podía menos de pensar él, tenía que plantearle el asunto, el asunto, esto es, de la *moralidad* de su empleo. La moralidad de las mujeres era muy especial, sobre eso él iba viendo más claro. La

concepción que Isabel tenía de su cargo era custodiar y enriquecer la leyenda. La leyenda ya era muy seductora, pero ¿para qué estaba ella allí sino para hacerla aún más? Ciertamente no estaba allí para enfriar ninguna piedad natural. Si estaba en duda -si era figuración suya, como diría el vulgo- que El hubiera nacido en el Cuarto del Nacimiento, ¿dónde estaba el valor de los seis peniques que cobraban? ¿Dónde la equivalencia que se habían comprometido a proporcionar? «Ah, sí, ya lo creo, por aquí precisamente», y tenía que golpear el lugar con el pie. «¿Cambiado? Bueno, no, salvo unos pocos detalles sin importancia; ustedes ven el sitio y ¿no es ése el encanto? exactamente tal como lo vio *El*. Muy pobre y sencillo, sin duda; pero por eso mismo es tan notable.» El no quería oírla, y sin embargo no quería dejarle rienda suelta; no quería crear dificultades ni quitarle el pan de la boca. Pero, sin embargo, tenía que darle un aviso antes de que llegaran demasiado lejos. Así fue como se lo dijo, una noche de junio; la concurrencia, con el buen tiempo, había sido últimamente especialmente grande, y la multitud, durante todo el día, se había cebado debidamente con el relato.

-Ya sabes, no debemos ir demasiado lejos.

Lo curioso era que ella ahora había dejado incluso de darse cuenta de lo que lo turbaba a él: ella estaba lanzada en su propia carrera.

-¿Demasiado lejos para qué?

-Para salvar nuestras almas inmortales. Cariño mío, no debemos decirles demasiadas mentiras.

Ella le miró con tremendo reproche.

-Ah, vamos, ¿ya vuelves a empezar con eso?

-Nunca he empezado; no quería preocuparte. Pero, ya sabes, no sabemos nada de eso. -Y luego, mientras ella le miraba pasmada, sofocándose-: De que El haya nacido ahí arriba. De nada, realmente. Ni el más pequeño jirón que, en cualquier otro sentido, pudiera pesar como prueba. Así que no se lo restriegues tanto.

-¿Que se lo restriegue cómo?

-Que El nació... -Pero, al mirarle a la cara, no hizo más que suspirar-. ¡Ah, vaya, vaya!

-¿No crees -replicó ella, tajante- que El nació en algún sitio?

El vaciló; era todo un edificio que sacudir:

-Bueno, no sabemos. Hay muy poco que saber. El borró sus huellas como no lo ha hecho nunca ningún otro ser humano.

Ella estaba todavía en su vestimenta pública y no se había quitado los guantes que se empeñaba en llevar como

parte de ese uniforme: recordaba cómo los llevaba la encargada del castillo de la Frontera, toda frufrús a la que había empezado a tomar por modelo. Parecía oficial y ligeramente distante.

-Borrar sus huellas. Ha tenido que existir. ¿Tenemos que renunciar a eso?

-No, no te pido que renuncies a eso *todavía*. Pero hay muy poco en qué basarse.

-¿Y eso es lo que tengo que decirles a Ellos a cambio de todo?

Gedge aguardó, dando vueltas. El lugar estaba doblemente silencioso después del estrépito del día, y el anochecer de verano reposaba sobre él como una bendición, haciéndolo blando y dulce, en su poco de solemnidad y antigüedad. Era bueno estar allí, y sería bueno quedarse. Al mismo tiempo, había algo incalculable en el efecto que esa gran densidad de multitud tenía en sus nervios. Era una actitud que no tenía nada que ver con grados y matices, la actitud de quererlo todo o nada. Y no se podía llegar a un acuerdo con ello. Sólo se podía hacer eso con amigos, y aun eso sólo en casos en que uno estuviera seguro de que los amigos no iban a traicionarle a uno.

-¿No podrías adoptar -contestó por fin- un método ligeramente más discreto? Lo que podemos decir es que se han dicho cosas; eso es lo único que tenemos que ver con ello nosotros. «¿Y es éste realmente -donde clavan sus paraguas en el suelo- el lugar mismo donde El nació?» «Así se ha dicho que es, desde hace mucho tiempo.» ¿No podría uno hacerles frente a Ellos de algún modo así, para ser un poco decentes?

Ella le miró muy fijamente:

-¿Es así como les haces frente?

-No, yo he seguido mintiendo, sin escrúpulo, sin vergüenza.

-Entonces, ¿por qué me quieres hacer cambiar?

-Porque me ha parecido que, como verdaderos compañeros, podríamos arreglarlo un poco juntos.

Eso no era muy fuerte, se dio cuenta, plantado ante ella con las manos en los bolsillos, y le pareció aún más débil después de mirarle ella unos momentos.

-Morris Gedge, tengo el propósito de ser tu verdadera compañera, y he venido aquí para quedarme. Eso es lo único que tengo que decir. -No era así, sin embargo, pues acabó por añadir-: Más vale que pruebes tú mismo y veas. Renuncia al lugar, renuncia a la historia, con sólo una mirada y... bueno, te dejaría unos nueve días. Entonces verías.

-El fingió inocencia, para ganar tiempo:

-¿Tan mal lo tomarían?- Y luego, como ella no decía nada: -¿Se volverían contra mí para destrozarme? ¿Me harían pedazos?

Pero ella no lo quería tomar a broma:

-Sencillamente, no lo aceptarían.

-No, no lo aceptarían. Eso es lo que digo yo. No lo aceptarán.

-Más valdría -siguió ella- que empezaras con Grant Jackson. Pero ni siquiera eso es necesario. Le llegaría a él, le llegaría a la Corporación, como un incendio.

-Ya veo -dijo el pobre Gedge. Y, en efecto, por el momento, veía, mientras que su compañera explotaba lo que creía su éxito.

-¿Consideras que todo es un fraude?

-Bueno, te concedo que hubo alguien. Pero los detalles no son nada. Faltan las conexiones. Las pruebas -en especial sobre ese cuarto de arriba, que por sí mismo es nuestra «Santa Casa»- no son nada. Todo esto fue hace tantísimo tiempo. -Y volvió a darse cuenta de que sonaba débil-: Claro que fue hace tantísimo tiempo; eso es lo bonito y lo interesante. Díselo a Ellos, diles -continuó- que las pruebas no son nada, y yo les diré algo diferente.

Hablaba con tal empeño que el rostro de él pareció mostrar una pregunta, a la que ella estuvo a punto de replicar:

-Yo les diré que tú eres un...

Pero se detuvo, cambiándolo:

-Les diré exactamente lo contrario. Y averiguaré lo que dices (no me llevará mucho tiempo) para hacerlo así. Si les contamos diferentes historias, eso quizá nos salve.

-Ya veo lo que quieres decir. Quizá, como rareza, tendría éxito por curiosidad. Podría convertirse en una atracción. Sin embargo, ellos quieren grandes masas. -Y la miró tristemente-: Tú no eres más que uno de Ellos.

-Si se trata de no ser más que uno de ellos para tenerle cariño –respondió ella-, entonces sí que lo soy, y no estoy avergonzada de mi compañía.

-¿Tenerle cariño a qué? -dijo Morris Gedge.

-Tenerle cariño a pensar que El nació aquí.

-Piensas demasiado. Es malo para ti. -Se apartó de ella con su gemido crónico.

Pero no perdió lo que ella le gritó en su seguimiento:

-Me niego a dejar caer este lugar.

Y, en efecto, ¿qué cabía decir? Ellos estaban allí para mantenerlo en alto.

5

Ello mantuvo en alto durante el verano, pero con la más extraña conciencia, a veces, de la falta de proporción entre su cólera secreta y el ánimo de aquellos de quienes provenía la fricción. Se decía a sí mismo -tan herida como había llegado a estar su sensibilidad- que Ellos eran gregariamente feroces al mismo tiempo que él les veía como mansos uno a uno. Se decía que Ellos eran mansos sólo porque él lo era -se lisonjeaba de serlo así divinamente, considerando lo que podría ser; y que, como le había avisado su mujer, muy pronto sabría las consecuencias si se apartara un pelo de la línea que le estaba trazada-. Esa era la estupidez colectiva; que fuera capaz de convertirse, en un momento, a la vez en una ofensa general y particular. Puesto que el menor aliento de discriminación le haría ser expulsado sin misericordia, era absurdo, reflexionaba él, hablar de su incomodidad como algo ligero. Estaba amordazado, estaba aguijoneado, como a veces sin duda dejaba ver, ante grupos omnívoros, en una extraña mirada silenciosa y fulgurante. Le expulsarían de su empleo también por eso, si no andaba con cuidado; por tanto, ¿no era de hecho ferocidad que uno no pudiese siquiera refrenar la lengua? No le dejarían marchar a uno en silencio: se empeñaban en que uno se comprometiera. Era la libra de carne: la obtendrían, así sangrara él bajo la chaqueta. Pero una prodigiosa paz, por excepción, cayó sobre él una tarde a fines de agosto. La presión, como de costumbre, había sido alta, pero había disminuido al caer el día, y el sitio quedó vacío antes de la hora de cerrar. Entonces fue cuando, a pocos minutos de esa hora, se presentaron un par de peregrinos a quienes, en circunstancias ordinarias, él les habría hecho notar que, sintiéndolo mucho, era demasiado tarde. Después se preguntaría por qué, a la vista de los visitantes -un caballero y una señora, atractivos y más bien jóvenes-, las circunstancias no le habían parecido ordinarias; fue sin duda por algo más bien sutil e indecible, algo, por ejemplo, en el tono del joven, o en la luz de sus ojos, después de oír la advertencia sobre la hora.

-Sí, ya sabemos que es tarde, pero me temo que es precisamente por eso. Teníamos ganas más bien de evitar la multitud... como supongo que ustedes mismos tienen ahora, y ¡fue realmente por la probabilidad de encontrarles solos!

Esas cosas las dijo el joven antes de estar propiamente admitido, y eran palabras que podía haber dicho cualquiera que no se hubiera tomado la molestia de ser puntual o que deseara, cayendo en gracia, hacerse abrir la puerta. Gedge incluso adivinó la sensación que podía acechar en ellos, la sugerencia de una propina especial si había flexibilidad. No se admitían propinas en el Lugar del Nacimiento, y él a menudo se lo había agradecido a su estrella; había sólo el honorario que se cobraba y nada más; todo lo demás era indebido, para alivio de la palma de una mano no formada por la naturaleza para hacerse cuchara. Pero a pesar de todo, a pesar especialmente del tintineo casi audible de los soberanos del caballero, que en otro caso podían haber sido exactamente lo que le dejara fuera, acabó por encontrarse en el Cuarto del Nacimiento, un acceso que había concedido con gracia, casi tratándolo como personal y privado. La razón... bueno, la razón habría estado, de estar en alguna parte, en algo de persuasión natural por parte de la pareja, a no ser que más bien hubiera estado en el modo como el joven, una vez que entró en el Lugar, se enfrentó con la expresión del rostro del custodio, la miró por un momento y pareció desear sondearla. Que eran americanos resultó en seguida claro, y Gedge casi habría podido decir de qué tipo: había llegado al punto de distinguir qué tipos, aunque la dificultad ahora habría podido ser que el caso que tenía delante era raro. Lo vio, en efecto, de repente, a la luz del dorado atardecer campestre, que les llegaba a través de viejas ventanas bajas, lo vio con un acceso de sentimiento, inesperado y sofocado, que le hizo desear, durante un momento, conservarlo ante él como un caso de felicidad desordenada. Le hizo sentirse viejo, desastrado, pobre, pero no por eso lo observó con menos intensidad. Tenían fortuna por su familia, y mucha según pudo parecer a Morris Gedge, y, desde luego, se habían casado hacía poco; el marido, de rostro liso y blando, pero decidido y fino, varios años mayor que su mujer y la mujer, delicada e irregular, pero inexorablemente bonita. No se sabía por qué, el mundo era de ellos: a la persona que recibía los seis peniques en el Lugar del Nacimiento le dieron una sensación del alto lujo de la libertad como jamás la había tenido. La cosa era que el mundo era suyo no simplemente porque tuvieran dinero -él había visto bastante gente rica-, sino porque, en un grado supremo, podían pensar y sentir y decir lo que les gustara. Tenían una naturaleza y

una cultura, una tradición, una facilidad de cierto tipo -y todo eso producía en ellos un efecto de

auténtica belleza-, lo cual daba una luz a su libertad y una facilidad a su tono. Esas cosas, además, no sufrían nada por el hecho de que, por casualidad, fueran de luto; probablemente lo vestían por algún padre opulento recientemente fallecido, o alguna madre delicada que sin duda habría sido parte de la fuente de esa belleza, y a Gedge, en el crepúsculo que se espesaba y en su extraña crisis le hizo la impresión de ser el uniforme mismo de su distinción.

No podría haber dicho después bien por qué pasos se alcanzó el punto, pero al cabo de cinco minutos había llegado a ser una parte de su presencia en el Cuarto del Nacimiento, una parte del aire del joven, una parte del encanto del momento, y una parte, sobre todo, de una extraña sensación en su interior de «¡Ahora o nunca!», el hecho de que Gedge de repente, con excitación, se dejó ir. No había tenido clara conciencia de derivar hacia ello; para eso, había tenido simplemente demasiada conciencia de pensar qué diferentes, en todo su alcance, eran aquella pareja unida de otra pareja unida que conociera. Eran todo lo que él y su mujer no eran: ésa fue, al principio, más que nada, la lección de su conversación. Miles de parejas de quienes eso mismo era cierto habían pasado sin duda ante él, pero ninguna de quien eso fuera cierto con una intensidad tan apremiante (contundente). Y ello por su trascendente libertad; eso era a lo que él vio que se refería todo, al cabo de cinco minutos. El marido había estado allí hacía algún tiempo, y había obtenido su impresión, que ahora deseaba que su mujer compartiera. Pero Gedge pudo ver que ya no se la había ocultado a ella. Una grata ironía, en resumen, parecía saborear nuestro amigo en el aire; él, que todavía no se había sentido libre de saborear la suya propia.

-Me parece que usted no estaba aquí hace cuatro años. -Eso era lo que el joven había empezado por observar. A Gedge le gustó que se acordara, le gustó que le hablara francamente; tanto más cuanto que él no le había ofrecido introducción, como quien dice. El les había dejado mirar por ahí, en el piso de abajo y luego les había llevado arriba, pero sin palabras, sin la habitual salmodia del exhibidor, que le habría dado miedo. Los visitantes no lo pedían; el joven le había quitado por sí mismo de las manos el asunto, dejando caer unas cuantas observaciones sueltas dirigidas a la joven. Lo que le pareció a Gedge, extrañamente, es que esas observaciones no carecían de consideración hacia él; había oído otras, tanto del tipo pedante como del grosero, que podrían haberse considerado así. Y como el joven no había tenido ayuda para reconocer que él era nuevo, eso empezó ya

a formar un terreno común para ellos. El terreno se hizo inmenso cuando el visitante añadió al fin con una sonrisa:

-Había una buena señora, recuerdo, que tenía muchas cosas que decir.

Fue la sonrisa del caballero la que lo hizo; allí estaba la ironía.

-Ah, se han dicho muchas cosas.

Ya la mirada de Gedge a su interlocutor mostró su sensación de ser sondeado. Era extraordinario, desde luego, que un completo desconocido hubiera adivinado la congoja de su espíritu, hubiera captado el fulgor de su comentario interior. Eso probablemente, a su pesar, se le escapó por sus pobres ojos ancianos.

-Muchas de esas cosas, en sitios como éste -se oyó a sí mismo añadir-, por supuesto que se dicen muy irresponsablemente.

¡Sitios como éste! Pestañeó ante esas palabras tan pronto como las pronunció. No hubo pestañeo, sin embargo, por parte de sus agradables acompañantes.

-Exactamente; todo el asunto se convierte en una especie de convención rígida, ufana, como una muñeca sagrada muy arreglada en una iglesia española, que uno es un monstruo si la toca.

-Un monstruo -dijo Gedge, mirándole a los ojos.

El joven sonrió, pero le pareció a Gedge que le miraba con mayor fijeza.

-Un blasfemo.

-Un blasfemo.

Parecía que a su visitante le sentaba bien; ciertamente le miraba con más fijeza. Aun distante, estaba interesado; por lo menos estaba divertido.

-¿Entonces usted no afirma, o por lo menos usted no se empeña...? Quiero decir usted personalmente.

Tenía una identidad para él, notó Gedge, que no podía haber tenido para un británico; en seguida sintió el impulso de testimoniar que se daba cuenta:

-No me empeño para usted.

El joven se rió:

-Realmente... le aseguro, si me permite... que no serviría. Estoy demasiado interesado.

-¿Quieres decir -preguntó su mujer, en tono ligero, en... mm... en echarlo abajo? Eso es lo que me has dicho.

-¿Le ha dicho a usted -intervino Gedge, aunque temblando un poco- que le gustaría echarlo abajo?

Ella, con su libre dulzura, se encaró a esa apelación directa con mucho encanto.

-¡Ah, quizá no el edificio!

-Bueno. Ya ve que vivimos en él... quiero decir, nosotros.

El marido se había reído, pero ahora había dejado tan completamente de mirar a su alrededor que no parecía quedarle sino hablar abiertamente con el custodio.

-Estoy interesado -explicó- en lo que me parece que es lo interesante, o, en todo caso, lo que atormenta eternamente. El hecho de lo abismalmente poco que sabemos, en proporción.

-¿En proporción a qué? -preguntó su compañera.

-Bueno, a lo que debía haber... a lo que de hecho hay... para preguntarse sobre ello. -Ese es el interés; es inmenso-. Se nos escapa como un ladrón de noche, llevándose... bueno, llevándoselo todo. Y la gente pretende capturarle como un canario que se ha volado, sobre el que se puede cerrar la mano y volverle a traer. El no volverá; no volverá. ¡El no es -se rió el joven- tan tonto! Eso le hace ser el más feliz de los grandes hombres.

Había empezado hablando a su mujer, pero había acabado, con su dominio amistoso, tranquilo, indescriptible, dirigiéndose a Gedge –el pobre Gedge, que contenía el aliento y, del modo más inesperado, sentía que nunca había estado en tan buena sociedad-. La joven esposa, que mientras tanto había seguido por su parte mirando por ahí, suspiró o rió -Gedge no podría haber dicho qué- su pequeña respuesta a esas observaciones:

-Es bastante lástima, ya ve, que El no esté aquí. Quiero decir, como Goethe en Weimar. Porque Goethe sí que está en Weimar.

-Sí, querida mía, esa es la mala suerte de Goethe. Ahí está pegado. Este hombre no está en ninguna parte. Te desafío a que le cojas.

-¿Por qué no decir, bellamente -se rió la joven-, que, como el viento, está en todas partes?

No era desde luego el tono de discusión, era el tono de broma, aunque de la broma mejor, según le parecía percibir a Gedge, y más de su estimación, que jamás había escuchado; y por eso precisamente el joven pudo continuar sin irritación, respondiendo a su mujer, pero aún con miradas para su acompañante:

-¡Que me ahorquen si El está aquí!

Era casi como si se dejara llevar, esto es, impresionado y más bien sujeto, por la situación inalterada de su acompañante, que ellos no habían pretendido alterar, pero que de repente presentaba su interés y quizá incluso proyectaba su luz. El caballero no sabía, Gedge se diría luego a sí mismo, cómo aquel hipócrita estaba todo temblando por dentro, cómo le

parecía que le echaban literalmente por la cabeza su destino. Ciertamente, por el momento, temblaba demasiado para hablar; por abyecto que fuera no quería que su voz tuviera el absurdo de un temblor. Y la joven -¡encantadora criatura!- aún tuvo otra palabra. Fue para el guardián del lugar, y ella la hizo, a su manera, deliciosa. Se habían quedado en el Sancta Sanctorum, y ella había mirado durante un rato el extraño viejo pavimento, con un aire contrito lo suficientemente marcado como para ser bonito.

-Entonces, si dices que no fue en este cuarto donde El nació... bueno, ¿para qué sirve?

-¿Para qué sirve qué? -preguntó su marido-. ¿Quieres decir para qué sirve que vengamos aquí? Bueno, el sitio es encantador por sí mismo. Y también es interesante -añadió para Gedge-, saber cómo siguen ustedes.

Gedge le miró un momento en silencio, pero respondió primero a la joven. ¡Si la pobre Isabel, pensaba, hubiera podido ser así! No en cuanto a juventud, belleza, arreglo del pelo o gracia pintoresca del sombrero; esas cosas no le importaban, sino en cuanto a simpatía, facilidad, y ese distanciamiento, ligero y perceptivo, pero nada barato.

-No digo que no fuera... pero no digo que fuera.

-Ah, pero eso -replicó ella-, ¿no viene a ser lo mismo? ¿Y no quieren ver Ellos también dónde cenaba y dónde tomaba el té?

-Lo quieren todo -dijo Morris Gedge-. Quieren ver dónde colgaba el sombrero y dónde guardaba las botas y dónde hervía el puchero su madre.

-Pero, ¿y si usted no se lo enseña...?

-Me lo enseñan ellos. Está en todos sus libritos.

-¿Quiere decir -preguntó el marido-, que usted no tiene más que refrenar la lengua?

-Eso intento -dijo Gedge.

-Bueno -sonrió el visitante-. Ya veo que sabe.

Gedge vaciló:

-No sé.

-Ah, bueno -dijo su amigo-, ¿qué importa?

-Sí que hablo -continuó él-. A veces, no puedo no hablar.

-Entonces ¿cómo se las arregla?

Gedge le miró más abyectamente, según sentía él mismo, de lo que jamás había mirado a nadie, incluso a Isabel cuando le asustaba:

-No me las arreglo. Hablo -dijo-, puesto que he hablado con usted.

-¡Ah, nosotros no le vamos a hacer daño! -rió el joven tranquilizándole.

El crepúsculo, mientras tanto, se había espesado sensiblemente; tocaba la visita a su fin. Salieron juntos del cuarto de arriba y bajaron por la estrecha escalera. Las palabras recién intercambiadas quizás habían producido un cohibimiento que la joven, con gracia, sintió impulsos de disipar.

-Se preguntará usted por qué hemos venido.

Y fue, para Gedge, la primera nota de un mayor cohibimiento, como si hubiera oído claramente que eso hacía que la mano del marido empezara a hurgar en su bolsillo lleno. El marido también se demoraba un poco cohibido.

-Bueno, nos gusta tal como está. Siempre hay algo.

Con eso, se acercaron a la puerta de salida.

-¿Qué es lo que hay, por favor? -preguntó Morris Gedge, aún sin abrir la puerta, como si deseara retener a la pareja dentro y dándose cuenta, sólo por un momento después de hablar, de que su pregunta sonaba de un modo demasiado temible para el joven. Este personaje se preguntaba, pero temía, y evidentemente llevaba varios minutos preguntándose a sí mismo, de modo que, con su preocupación, las palabras del custodio habían significado para él, inevitablemente: «¿Qué es lo que hay, por favor, *para mí*?» Gedge ya sabía, además, que no le detenía a tiempo. Había hecho su pregunta para mostrar que él tampoco tenía miedo, y en consecuencia debía tener un lamentable aire de aguardar, como después reflexionaría.

El visitante extendió la mano:

-¿Espero poder tomarme la libertad...?

Lo que ocurrió después, nuestro amigo apenas lo supo, pues cayó en una ligera confusión, la confusión de un extraño fulgor de oro; un soberano que le lanzaban por las buenas; de un rápido, casi violento movimiento por su parte, que, para empeorar el asunto, pudo mandar el dinero rodando por el suelo; y luego de señalados rubores en todos, produciendo incluso, a su vez, y más bien extrañamente y con mucha rapidez, un aumento en su comunión. Era como si el joven le hubiera ofrecido dinero para compensarle por haberle arrastrado

adelante, como quien dice, y luego, al percibir el error, pero estimándole más por su rechazo, hubiera querido borrar ese agravamiento de su error original. Lo hizo así, finalmente, mientras Gedge mantenía abierta la puerta, diciendo lo mejor que supo, y diciéndolo con franqueza y alegría:

-¡Por suerte eso no afecta en nada a la *obra*!

La pequeña calle pueblerina, callada y vacía en el ocaso de verano, se extendía a derecha e izquierda, con alguna que otra casa con altillos y vigas de madera, y parecía por las buenas haberse despejado para estar de acuerdo con el vacío histórico sobre el que nuestros amigos se miraron, deteniéndose un instante a conversar. La joven esposa, más bien, miró por un momento todo lo que no se podía ver, y luego, antes que Gedge hubiera encontrado respuesta a la observación de su marido, lanzó, evidentemente con ánimo de conciliación, una pequeña pregunta propia que trató de hacer seria.

-¿Es nuestra desgraciada ignorancia a lo que no afecta, quieres decir?

-Desgraciada o afortunada, así me gusta -dijo el marido-. *The play's the thing*, la comedia es la realidad. Dejemos solo al autor.

Gedge, con la llave en el índice se apoyaba en la jamba, contemplando la estúpida callecita, y lamentaba verles ir: parecían abandonarle.

-Eso es exactamente lo que Ellos no quieren hacer... no dejarme hacerlo. Eso es lo único que yo quiero... dejar solo al autor. Prácticamente se daba cuenta de que llegaba al final de su oportunidad; no hay autor; quiero decir, para que tratemos con él. Ahí están todos los inmortales... en la obra; pero no hay nadie más.

-Sí -dijo el joven-, a eso es a lo que se va a parar. Para aclarar el asunto, no debería haber tal persona.

-Como dice usted -replicó Gedge-, a eso es a lo que se va a parar. No hay tal persona.

El aire del atardecer escuchaba, en el silencio tibio y denso del campo, mientras resonó la pequeña exclamación de la esposa:

-Pero ¿no hubo...?

-Hubo alguien -dijo Gedge-, apoyado en la jamba. Pero le han matado Ellos. Y, muerto como está le conservan en pie, lo vuelven a hacer una vez y otra, le matan todos los días.

Se daba cuenta de que lo decía tan sombríamente -más de lo que deseaba- que sus acompañantes intercambiaron una mirada y aún quizá pusieron cara de que le consideraban extravagante. Esa era realmente la

cara que Isabel le había avisado que todos los demás pondrían si les hablaba a Ellos como le hablaba a ella. Sin embargo, le gustó, a pesar de eso, oír cómo sonaría cuando le declararan incapaz por deterioro del cerebro.

-Entonces, si no hay autor, si no hay nada que decir salvo que no hay nadie -preguntó sonrientemente la mujer-, ¿por qué razón debería haber un edificio?

-No debería -dijo Morris Gedge.

Decididamente, sí, afectó al joven:

-¡Ah, bueno, fíjese que no digo que lo tengan que echar abajo!

-Entonces, ¿a dónde irían ustedes? -les preguntó dulcemente su acompañante.

-Eso es lo que pregunta mi mujer -contestó Gedge.

-¡Pues entonces consérvelo, consérvelo! Y el marido extendió la mano.

-Eso es lo que dice mi mujer -continuó Gedge, estrechándole la mano.

La joven, encantadora criatura, emuló al otro visitante, ofreciendo su apretón de manos a su notable amigo.

-Entonces haga caso a su mujer.

El pobre hombre la miró gravemente:

-¡Sí que lo haría si fuera una esposa como usted!

6

De todos modos, para él eso significó una gran diferencia; le dio un impulso extraordinario, de modo que fue cierto dulce regusto de su libertad lo que pudo sospecharse que, un par de meses después, ayudó a producirle otra aventura, realmente más considerable. Era un extraño modo de pensarlo, pero, para su imaginación, había estado durante veinte minutos en buena sociedad, siendo ése el término que mejor describía, para él, la compañía de gente a quien no tenía que decirle estupideces, según lo expresó luego. Era su derecho a la sociedad lo que había afirmado a su manera indudablemente torpe; y la dificultad estaba en que, una vez que lo había afirmado, ya no podía retirar esa afirmación. Pocas cosas le habían pasado en la vida, esto es, pocas cosas que fueran agradables, pero al menos ésta sí, y él no estaba hecho de manera que pudiera continuar adelante como si no hubiera ocurrido eso. Fue el continuar adelante como si hubiera ocurrido, sin embargo, lo que le llevó a la situación inconfundiblemente marcada por una visita de Grant-Jackson, un atardecer a finales de octubre. Esa había sido la hora de la visita de los jóvenes americanos. Cada día,

cuando llegaba esa hora, algo del hondo latido de aquello, el secreto de su éxito, volvía a despertar; pero las dos ocasiones, en realidad, sólo se relacionaban por ser tan intensamente opuestas. El secreto había sido un éxito en cuanto que no había dicho nada de él a Isabel, que, ocupada en su propio terreno mientras duró aquello, no había oído llegar a los visitantes ni les había visto marcharse. Por otro lado, no había tenido mucho éxito en cuanto a guardarse de revelaciones indirectas. Había en el mundo dos personas, por lo menos, que sentían igual que él; había personas, también, que le habían tratado benignamente, con tanta sensibilidad, que habían estado dispuestas, en realidad, a rebosar en dones como señal de ello, y, aunque ahora se habían alejado por el espacio, seguían con él en espíritu lo suficiente como para hacerle jugar, como quien dice, con la sensación de que le comprendían. Eso, a su vez, como se daba cuenta muy bien él mismo, le hizo un poco temerario, de modo que, en su reacción ante la glotonería del público por datos falsos, que le había atormentado desde el principio, cayó en la costumbre de navegar, como habría dicho él, demasiado cerca del viento, o, dicho de otro modo -todo ello en presencia del pueblo-, de lavarse las manos respecto a la leyenda. Había cruzado la línea: lo sabía; se había salido de quicio... Ellos le empujaron a ello; él, en una sucesión de profanaciones que no pudo dominar, reemplazó una actitud que no podía entenderse por una actitud que demasiado evidentemente sí había sido entendida.

Desde luego, ésa era la línea más franca, sólo que él no la había tomado, ¡ay!, en cuanto franqueza; realmente, no la había *tomado* en lo más mínimo, sino que simplemente se había visto cogido y dominado por ella, arrojado por su destino contra las paredes engalanadas del templo, muy a la manera de un sacerdote poseído hasta el exceso por el dios, o, más vulgarmente, como un toro ciego en una tienda de porcelana; un animal con el que se comparaba a menudo. Se había dejado ir fatalmente, dicho claramente, sólo por irritación, por cólera, al no tener, en su situación, nada que ver con la franqueza; un lujo reservado para situaciones muy diferentes. Siempre había sido su opinión que se vivía para aprender; él había aprendido algo en cada hora de su vida, aunque la gente generalmente nunca lo sabía, a pesar de que casi siempre eso había sido ¿no es verdad? a costa de alguien. Lo que ahora estaba continuamente aprendiendo era el sentido de una forma de palabras hasta entonces tan vana, la famosa «falsa posición» que a menudo había ayudado a redondear una frase. Uno usaba

los nombres de esa manera sin saber lo que valían; luego de repente, un buen día, su significado amargaba en la boca. Esa era una verdad que ocupaba la rumia de sus horas junto al fuego, y se daba mucha cuenta de que un hombre quedaba al descubierto cuando parecía perpetuamente que algo no iba de acuerdo con él. La cara que había que poner en el Lugar del Nacimiento era propiamente la cara beatífica, y una vez que la hubieran echado de menos aquellos que la daban por supuesta, y que, claro está, pagaban seis peniques por ella -como el vino de mesa en la Francia provinciana, era *compris*-, se tenía la seguridad de experimentar consecuencias por tal observación.

Consecuencias, por tanto, era lo que Gedge estaba esperando, y lo que sabía, sobre todo, que esperaba su mujer, que tomó cierto modo de estar sentada entonces como con el oído tendido a una determinada llamada, a la puerta. No le observaba, no le seguía por la casa, en las horas de público, para espiarle en su traición; y eso le podía conmover, aunque los ojos desviados de ella le atravesaron más que si los fijara en él. Ella expresaba su desconfianza tan perfectamente por su manera de mostrar que confiaba, que él nunca se sentía tan nervioso, nunca trataba tanto de mantenerse derecho, como cuando ella le dejaba solo casi todo el tiempo. Cuando la multitud se espesaba y tenían necesidad de recibir juntos, él trataba de escaparse cediéndole a ella lo más posible la palabra. Cuando la gente apelaba a él, él se volvía hacia ella, -con más ceremonia de la apropiada a su relación; tampoco podía evitarlo si eso parecía irónico-, como hacia la persona más interesada o más competente. En esos momentos se lisonjeaba de que nadie habría adivinado que ella era su mujer; especialmente dado que, para hacerle justicia, ella recibía esos modales con una valentía prodigiosamente sombría; sombría, esto es, para él, sombría por su ofensiva alegría ante esa gente de ánimo sencillo. ¡Las tradiciones que ella sacaba para ellos, las conexiones que desarrollaba, multiplicaba y bordaba respecto al lugar sagrado; las cosas, en resumen, que decía y el modo estupendo como las decía! No le avergonzaba en absoluto, pues ¿por qué debería la virtud avergonzarse jamás? Era virtud, puesto que les ponía el pan en la boca, mientras él, por su lado, se lo quitaba de la de ella. El había visto a Grant-Jackson, en el día de octubre, en el mismo Lugar del Nacimiento, el lugar apropiado, claro, para tal entrevista; y lo que ocurrió fue que, precisamente, cuando terminó la escena y él volvió al cuarto de estar, la pregunta que ella le hizo para informarse fue:

-¿Has decidido que me tengo que morir de hambre?

Hacía mucho tiempo que ella no le había dicho nada tan directo, lo que era prueba de su auténtica angustia; lo directo de la visita de Grant-Jackson, siguiendo a la ligerísima sinuosidad de una cartita recibida poco antes de él, hizo que la tensión se mostrara en lo que era. Para entonces, realmente, sin embargo, él ya había tomado su decisión: los minutos transcurridos entre su reaparición junto al fuego del hogar doméstico y el haber visto marcharse desde el otro umbral la ancha y bien vestida espalda de Grant-Jackson, la espalda de un banquero y un patriota, aun siendo breves, le habían parecido supremamente críticos. Formaban, como quien dice, el gozne de una puerta, esa puerta de hecho entreabierta en cuanto a mostrarle su posible destino más allá de ella, pero que, con su mano apretando así el pomo en un espasmo podría abrir del todo o bien cerrar en parte y del todo. En el oscurecer de otoño, se quedó de pie en el pequeño museo que constituía el vestíbulo del templo, y allí, con un absorto empujón a la manivela de un torniquete, se dio media vuelta. Los retratos de las paredes parecían observarle vagamente; en su augusta presencia -mantenida sombríamente augusta por el momento, gracias a que Grant-Jackson le refrenó expresivamente cuando iba a aplicar una cerilla al vulgar gas- era donde el gran hombre había pronunciado, como si eso lo dijera todo, su:

«Ya sabe, mi querido amigo, realmente...» Se las había arreglado con el especial tacto del hombre gordo, siempre, siempre muy sutil, cuando había tal tacto; le había sacado el mejor partido al tiempo, al lugar, al ambiente, a todas las pequeñas admoniciones y símbolos acumulados: encarado allí con su víctima en el lugar que él aprovechó para nombrarlo una vez más, para su piedad y patriotismo, como el más sagrado de la tierra, le había dado a entender que, en primer lugar, estaba confundido en asombro y, en segundo lugar, que esperaba que ahora bastara un solo aviso. Para no insistir demasiado además, en la cuestión de la gratitud, quiso que su queja se apoyara, si hacía falta, sólo en la cuestión del gusto. ¡Sólo como materia de gusto...! Pero sin duda que no estaría obligado a continuar por ese camino. El pobre Gedge desde luego habría lamentado seguir su indicación, pues veía que la alusión se refería precisamente al atroz gusto de la ingratitud. Cuando dijo que no quería demorarse en lo que el afortunado ocupante del puesto le debía por la sólida batalla combatida en su favor, sencillamente indicaba que sí quería. Ese era su tacto, que, con todo lo demás que se había mencionado en esa escena, como ayuda, fue realmente lo que dominó el terreno. En otro tiempo, Gedge no le podría haber dado bastante las gracias -

aunque consideraba que se las había dado casi de sobra-, y desde entonces no había pasado nada, nada que él pudiera indicar de modo coherente u honroso. En resumen, desde el momento en que le llamaban la atención, no tenía causa que defender, y si, en su lugar, mostraba sólo cálidas lágrimas en sus

ojos, la mística oscuridad del templo o bien impidió a su amigo que las viera o hizo posible que las considerara como remordimiento. El se las secó con la base de sus huesudos pulgares antes de entrar a ver a Isabel. Eso fue lo más afortunado, ya que, a pesar de la curiosidad de ella, inmediata y señalada, no hizo más que dar vueltas por la habitación mirándola fijamente. Luego se quedó un rato ante el fuego con las manos atrás y los faldones de la chaqueta separados, igual que una persona en posesión permanente. Fue una indicación que su mujer pareció recibir, pero sin embargo acabó por hacer otra pregunta:

-¿Tienes inconveniente en decirme lo que te ha dicho?

-Me ha dicho: «Ya sabe, amigo mío, realmente...»

-¿Y eso es todo?

-Prácticamente. Excepto que soy una bestia ingrata.

-¡Bueno! -dijo ella, sin disentir.

-¿Quieres decir que lo soy?

-¿Son ésas las palabras que usó él? -preguntó ella, con un escrúpulo.

Gedge siguió pensando:

-Las palabras que usó fueron que yo echo a perder el Espectáculo y que eso les ha llegado a Ellos por diversas fuentes.

-¡Como lo sabría hasta un niñito, por supuesto! -Y luego, como su marido no decía nada-: ¿Fueron ésas las palabras que usó?

-Exactamente. No podría haber usado otras mejores.

-¿Lo llamó -preguntó la señora Gedge-, «el Espectáculo»?

-Claro que sí. El Mayor del Mundo.

Ella pestañeó, mirándole fijamente; perpleja, pero sólo un momento.

-Bueno, lo es.

-Entonces es algo -siguió Gedge- haber echado a perder eso. Pero –añadió- ya lo he recuperado.

-¿Quieres decir que te ha convencido?

-Quiero decir que estoy asustado.

-¡Por fin, por fin! -exhaló ella con gratitud.

-Ah, fue cosa fácil. Fueron sólo dos palabras. Pero aquí estoy.

Ella le miró con cara más suave.

-¿Y qué palabras?

-«Ya sabe usted, señor Gedge, que eso no vale.» Eso fue todo. Pero fue el modo como las dice un hombre así.

-Me alegro, entonces -reconoció francamente la señora Gedge-, de que sea tal hombre. ¿Cómo pudiste pensar nunca que eso valiera?

-Bueno, fue mi sentido crítico. No sabía que lo tenía, hasta que vinieron Ellos y (poniéndome aquí) lo despertaron en mí. Entonces, como fuera, tenía que vivir con eso, ¿no ves?: y me pareció sentir que, de un modo o de otro, dándole tiempo y a la larga, podría, debería quedar por encima de todo. Ahora, eso es, dice él, lo que no vale, sencillamente. Así que tengo que ponerlo (lo he puesto) debajo de todo.

-¡Un sitio muy bueno, entonces, para un sentido crítico! -Con más placidez ahora, Isabel dobló su labor-: Con tal que lo puedas sujetar ahí. Si no lucha por volver a subir.

-No puede luchar.

Seguía delante del fuego, mirando a su alrededor el cuarto tibio y bajo, tranquilo a la luz de la lámpara, con el zumbido del agua hirviendo, para sus oídos, con la cortina corrida por encima de los cristales emplomados, una breve cortina de moaré hábilmente elegida por Isabel para dar efecto de época antigua, por su virtud de dejar que la luz de dentro pareciera rojiza hacia la calle.

-Está muerto -siguió él-, lo acabo de matar.

Habló, realmente, de tal modo que ella se asombró:

-¿Ahora mismo?

-Ahí, en el otro sitio lo he estrangulado, pobre, en la oscuridad. Si vas a ver, debe haber sangre. Lo cual -añadió-en un altar de sacrificio, está muy bien. Pero el sitio está salpicado para siempre.

-No quiero salir a ver.

Apoyó las manos cruzadas en la labor doblada en las rodillas, y él supo, con los ojos de ella encima, que tenía en la cara un aire que ya le había visto otras veces:

-A tu modo, querido, estás mal de la cabeza. -Luego, sin embargo, con más animación-: Buena suerte que no ha sido demasiado tarde.

-¿Demasiado tarde para meterlo debajo?

-Demasiado tarde para que Ellos te dieran la segunda oportunidad que agradezco a Dios que aceptes.

-¡Sí, si hubiera sido...! -Y apartó la mirada, como a través de la cortina rojiza, hacia la calle helada. Luego volvió a encararse con ella. Apenas se me ha pasado todavía el susto. Quiero decir siguió, por ti.

-Y yo quiero decir por ti. Supónte que lo que hubieras venido a anunciarme ahora fuera que nos habían despedido. ¿Crees que disfrutaría con verte salir? ¡Sí, ahí afuera! -añadió, mientras los ojos de él volvían a salir desde su círculo cálido a la noche de comienzos de invierno, hacia el otro lado de los cristales, hacia los raros y rápidos pasos, hacia las puertas cerradas, hacia las cortinas echadas como las suyas, tras las cuales el pequeño pueblo vulgar, aburrido por esencia, se sentaba a cenar.

El se puso rígido, mientras se calentaba la espalda: irguió la cabeza, agitándose un poco como para quitarse el encorvamiento de los hombros, pero tuvo que reconocer que ella tenía razón:

-¿Qué habría sido de nosotros?

-¿Qué, claro? Habríamos tenido que mendigar el pan... o yo me habría puesto a lavar.

El se quedó callado un rato.

-Soy demasiado viejo. Debería haber empezado antes.

-¡Ah, no lo quiera Dios! exclamó ella.

-Lo malo -continuó- es que no sé hacer otra cosa.

-¡Nada en absoluto! -asintió ella, con exaltación.

-Mientras que aquí... si lo cultivo... quizá todavía sepa mentir. Pero tengo que cultivarlo.

-¡Ah, querido viejo mío! Y ella se levantó para besarle.

-Haré lo que pueda -dijo él.

7

-¿Se acuerda de nosotros? -preguntó el caballero y sonrió, con la señora a su lado sonriendo también: hablando menos como un serio peregrino o como un fatigoso turista que como un viejo conocido. Era la historia que se repetía, según Gedge, sin saber por qué, nunca lo había esperado, con casi todo lo mismo, salvo que el atardecer era ahora un suave fin de abril, salvo que los visitantes habían dejado el luto, y mostraban toda su gracia, aparte de

mostrarse un poco más viejos, como sin duda se mostraba él mismo, aunque de modo tan diferente; salvo, sobre todo, que, al verles otra vez de repente no le afectaba tanto como él habría creído.

-Estamos otra vez en Inglaterra, y estábamos cerca; tengo un hermano en Oxford con quien hemos pasado el día, y se nos ha ocurrido venir acá.

Así dijo el joven, en tono agradable mientras nuestro amigo se hacía cargo del extraño hecho de que él mismo debía parecer que les miraba con la boca abierta de un modo bastante frío. Habían llegado del mismo modo, con la tranquilidad de la hora de cerrar; otro agosto había pasado, y ésta era la segunda primavera: el Lugar del Nacimiento, dada la hora, iba a suspender sus actividades hasta el otro día; el último rezagado se había ido, y el antojo de los visitantes era, una vez más, echar una mirada alrededor ellos solos. Eso, seguramente, no representaba mayor presunción de la que parecía autorizar la forma como se habían separado la otra vez; de modo que si él miraba pasmado, inconsecuentemente, era sólo en realidad, porque estaba tan lejos de haberles olvidado. Pero el ver a la pareja, felizmente, tuvo un doble efecto, y el primero precipitó el segundo, pues el segundo fue realmente su súbita visión de que quizá todo dependía para él de que no reconociera ninguna complicación. Debía seguir derecho adelante, puesto que eso era lo que hacía más de un año había respondido tan admirablemente; debía endurecerse imperturbable con toda consistencia, puesto que a eso sólo había quedado al fin reducida su dignidad. No debía tener miedo por un lado más de lo que había tenido por otro; además de lo cual se le hizo presente, con tal fuerza que le hizo ruborizarse, que esa visita, en esencia, debía ser para él mismo. Era otra vez buena sociedad, y ellos eran los mismos. No le tocaba a él, pues, comportarse como si no pudiera salirles al encuentro.

Esas profundas vibraciones, por parte de Gedge, fueron tan rápidas como profundas; de hecho, llegaron de repente, de modo que su respuesta y su declaración fueron las justas:

-¡Ah, muy bien, la hora no importa para ustedes!

Estuvo en ascuas sólo un instante, y cuando entraron y se cerró la puerta tras ellos, en la penumbra del templo, donde, como antes, las ofrendas votivas se entreveían en las paredes, lanzó el hondo respiro de quien, traicionándose a sí mismo, podría haber hecho algo demasiado terrible. Pues lo que les había hecho volver no era, indudablemente, el sentimiento del santuario mismo -puesto que sabía cómo sentían-, sino su inteligente

interés por el extraño caso del sacerdote. Su visita era el tributo de la curiosidad, de la simpatía, de una compasión, realmente exquisita, tal como estaban las cosas: un tributo a esa rareza que les daba derecho a la más franca bienvenida. Habían querido, por su generoso asombro, ver cómo iba saliendo adelante, cómo podía salir tal hombre en tal sitio; y sin duda casi habían esperado ver que les abría la puerta alguien que le había sucedido. Bueno, alguien sí que le había sucedido; sólo que con un extraño equívoco, como tendrían que averiguar ellos mismos, los pobres; una dificultad que él les compadecía. Nada podría haber sido más extraño, pero de hecho fue esa turbada visión de su posible desconcierto y esa visión compungida de tal retorno de su buen momento lo que prácticamente le determinó su tono. El paso de los meses no había hecho sino familiarizarse con el nombre de ellos; en la otra ocasión lo habían anotado, entre los mil nombres del registro público abierto, y desde entonces él había vuelto a él una vez y otra, por sus razones propias, razones de sentimiento. No era nada en sí mismo; no le decía nada: «Sr. y Sra. B. D. Hayes, Nueva York»; una de esas etiquetas americanas que eran sólo iguales que cualquier otra etiqueta americana, y que, precisamente, eran la cosa más notable en gente reducida a lograr una identidad por caminos tan diferentes. Podrían ser el señor y la señora B. D. Hayes y sin embargo podían ser, a falta de toda presunción... bueno, lo que eran esos visitantes. Desde luego, había aclarado muy de prisa su situación un poco más el hecho de que, como recordaba, sus amigos le habían avisado la otra vez del peligro en que estaba, y que su preocupación por ello fue la última nota que resonó entre ellos. Lo que él temía, con su recuerdo, era que, al encontrarle aún a salvo, inmediatamente le felicitaran e incluso, con no menos franqueza, le preguntaran cómo se las había arreglado. Con la sensación de atajar en germen alguna investigación así, sin perder tiempo y dominándose a sí mismo con un firme esfuerzo, empezó allí mismo, en el piso de abajo, a explicarles cómo se las había arreglado. Desvió la pregunta brevemente con la firmeza de su respuesta:

-Sí, sí, aún sigo aquí; supongo que, en cierto modo, uno hace lo mejor cuando lo hace en beneficio propio, por lo que pueda valer.

Hacía lo mejor que podía en esa ocasión, lo hacía con la cara más seria que había mostrado nunca y una suave serenidad que era como una gran esponja húmeda pasada por encima de su reunión anterior; mejor dicho, por encima de todo lo que hubo en ella, menos el hecho de que fue agradable.

-Estamos aquí, ya ven, en el viejo cuarto de estar, felizmente aún capaz de reconstruirse en la visión mental, a pesar de los destrozos del tiempo, destrozos que, por fortuna, hemos podido detener en los últimos años. Desde luego, era un cuarto tosco y humilde, pero debió ser cómodo y agradable, y tenemos por lo menos el placer de saber que la tradición, por lo que toca a los aspectos que permanecen, está dichosamente ininterrumpida. A través de ese umbral solía pasar El; a través de esas ventanas bajas, en su niñez, El atisbó el mundo al que haría más feliz donándole su genio; sobre las tablas de este suelo (esto es, sobre algunas de ellas, porque no debemos dejarnos llevar demasiado) muchas veces golpearon sus piececitos; y las vigas de este techo (realmente en algunos sitios hemos de tener cuidado con la cabeza), él intentó tocarlas de un salto, en juvenil travesura. No es frecuente que en el primer hogar del genio y la fama quede tan al descubierto todo el tenor de la existencia, no es frecuente que podamos rastrear, punto por punto y paso a paso, su conexión con objetos, con influencias, volverlo a construir todo con los pequeños hechos sólidos de que surgió. Por tanto, apenas necesito recordarles a ustedes que eso es lo que hace tan único en toda la tierra el pequeño espacio entre estas paredes tan modesto en medidas, tan insignificante de aspecto. No hay nada como él -siguió Morris Gedge, insistiendo tan solemne y suavemente, para sus desconcertados oyentes, como sobre la baranda de un púlpito-, no hay nada así en ninguna parte en el mundo. No hay nada, si lo reflexionamos, en su combinación de grandeza, y, podríamos decir, de intimidad. Quizás en otros sitios ustedes puedan encontrar absolutamente menos cambios, pero ¿dónde van a encontrar ustedes una presencia igualmente definida, sin resistencia ni estorbo? ¿Dónde, en especial, van a encontrar ustedes, por parte del espíritu que en él mora, una eminencia igualmente descollante? En otros lugares ustedes pueden encontrar una eminencia de cierta magnitud, pero ¿dónde van a encontrar junto con ella, ya ven, unos cambios, después de todo, tan pocos, y el elemento coetáneo captado, como quien dice, en la misma acción?

Sus visitantes, al principio confusos, pero poco a poco hechizados, aún seguían con la boca abierta en total asombro preguntándose, suponía él, qué extraña broma se había sentido movido de repente a emprender, y, sin embargo, empezando a ver en él una intención que iba más allá de una broma, de modo que, en ese punto, casi dieron un salto cuando, en rápida transición, él dirigió hacia la vieja chimenea un rápido ademán que parecía ilustrar el acto mismo de aferrar ansiosamente.

-En el viejo rincón de esa chimenea, el pintoresco rincón íntimo de nuestros antepasados, ahí precisamente, en el ángulo de allá, donde estaba su banquetita, y donde me atrevo a decir que si pudiéramos mirar bien de cerca

encontraríamos la piedra del hogar rascada por sus piececitos; allí es donde vemos al excepcional niño mirando largamente el fulgor de los viejos leños de roble y trazando imágenes e historias; donde le vemos escudriñando, con su rizada cabeza inclinada, su cartilla desgastada, o examinando algún resto de una antigua balada, alguna página de un volumen mal encuadernado de crónicas, que podemos estar seguros de que su padre había dejado tirado en el asiento junto a la ventana.

Como él mismo sintió en ese momento, lo hacía estupendamente: ningún oyente, entre tantos miles, le había inspirado tanto hasta entonces. La extrañada timidez, ligeramente alarmada, de los dos rostros, como si en un salón, en su «buena sociedad», se hubiera cometido de repente algún acto incongruente, algo rozando lo indecente, cuya dolorosa realidad se disiparía antes de volver a casa; el efecto visible en sus amigos, en resumen, le hacía adherirse a la convicción de que ellos valían la pena de la broma. Ahora eso venía por sí mismo; lo sabía de memoria, pero quizá nunca le había salido tan bien, tan disfrazado su carácter pasado y muerto, con el interés tan renovado y con la unción clerical, requerida por su carácter sacerdotal tan destilada con éxito. El señor Hayes de Nueva York había mirado más de una vez a su mujer, y la señora Hayes de Nueva York había mirado más de una vez a su marido; sólo que, hasta entonces, con una ojeada furtiva, con ojos que no había sido fácil despegar de la notable expresión de rostro con cuya ayuda les había sujetado su divertidor. Sin embargo, al fin, tras un intercambio menos furtivo, se aventuraron sobre la base de una señal de que no se les había apelado en vano.

-¡Estupendo, estupendo, señor Gedge! -interrumpió el señor Hayes-, nos damos cuenta de que le hemos sorprendido en plena inspiración.

Su mujer se apresuró a asentir; eso alivió la tensión.

-¡Ese sería el modo, realmente, salvo que usted sería demasiado peligroso! -sonrió-. ¡Realmente, es usted un genio!

Gedge les miró fijamente, pero sin ceder una pulgada, aunque ella le tocó allí en un punto de la conciencia que tembló. Ese era el prodigio, y lo había sido, durante todo el año; que lo hacía todo, según encontró, fácilmente, que lo hacía mejor que nada en su vida; con un efecto tan elevado y amplio, en realidad, una inspiración tan rica y libre, que su pobre mujer, ahora, literalmente, más de una vez se había sentido movida a tener un miedo nuevo. Ella había tenido sus malos momentos, él lo sabía, después de darse cuenta del alcance de

la nueva dirección que tomaba él; momentos de reajuste de sus sospechas en que se preguntaba si él no había abrazado otra perversidad, simplemente diferente. Habría más de un modo de echar a perder el espectáculo, y ¿no era eso quizás algo que lo echaría a perder por exceso? El podía hacerles trampas por demasiado romanticismo igual que por demasiado poco: hasta entonces ella no había llegado a darse buena cuenta de que pudiera haber demasiado. Era un modo como otro cualquiera, en todo caso, de reducir el Lugar al absurdo; reducción que si él no andaba con cuidado, les volvería a reducir a ellos otra vez a la perspectiva de la calle, y esta vez seguramente sin apelación. Todo ello dependía, desde luego -él sabía que ella lo sabía-, de cuánto aceptarían Grant-Jackson y los demás, la Corporación, en una palabra. El sabía que ella sabía cuánto pensaba que aceptarían: que consideraba que no se podía poner límite a la cantidad. Sencillamente la Corporación quería acumular, y lo mismo todos los demás: por tanto, si nadie informaba contra él, como antes, ¿por qué iban a estar Ellos intranquilos? En consecuencia, era con idiotas puestos en razón con quienes había tratado antes; pero como ahora no había forma de idiotez a la que él no halagara sistemáticamente, aguijoneándola realmente hasta su propia condenación particular, ¿quién iba a tirar jamás del cordón de la guillotina? El hacha estaba en el aire, sí, pero en un mundo atiborrado hasta la saciedad no había revoluciones. Y había sido vano que Isabel preguntara si el otro ruido de truenos no había surgido de pronto de un cielo sereno. Ahora había pruebas evidentes de que los vientos estaban en calma. ¿Cuánto más podrían seguir así? El apelaba a los ingresos. Aquéllos eran días de oro; el espectáculo nunca había florecido tanto. Así había argüido él, y así seguía arguyendo: y, había que confesarlo, con todas las apariencias a su favor. Pero aunque él pestañeara interiormente ante el homenaje a su credibilidad rendido por sus emocionados amigos, era porque sentía en eso el fundamento verdadero de su optimismo. La encantadora mujer que tenía delante reconocía su «genio» igual que él mismo había tenido que reconocerlo. Le había sorprendido su propia facilidad hasta que se había acostumbrado. Fuera o no cierto que había encontrado una nueva perversidad, como nueva amenaza para su futuro, también había encontrado una vocación, mucho más antigua, evidentemente, de lo que él había estado dispuesto al principio a reconocer. No se había hecho justicia a sí mismo. Le gustaba ser valiente porque le resultaba tan fácil; lo podía medir en grande. Fue sobre todo en el Cuarto del Nacimiento donde continuó haciéndolo habiendo hecho entrar a sus

acompañantes sin cambiar nada, como le alegraba aún más notar. Ella lo tomaría como quisiera, pero él había tenido la lucidez -todo ello, esto es, por su propia seguridad- de recibir sin la gracia de una respuesta el

homenaje de la hermosa sonrisa de ella. Ella al parecer lo aceptaba, y su marido lo aceptaba, pero como parte de su extravagante humor, y ellos le seguían a lo alto con rostros ahora un poco más de acuerdo con la manera como, en *aquel* lugar, él se manifestaba por naturaleza. Y él se manifestaba «en grande», según lo atestiguaba su asegurado ingreso personal. La verdad es que echaba un poco de menos la habitual pregunta pasmada de ellos; la habitual sugestión ingenua que nunca le había faltado, en cualquier momento, por parte de sus tropeles apelotonados. Los señores Hayes eran de Nueva York, pero esto era un poco como cantar, según había oído decir sobre algo a uno de sus americanos, ante un público de Boston. Sin embargo, hizo lo que pudo: siempre acostumbraba a detenerse en cierto lugar en el cuarto, y tras de obtener atención con expresión y gesto, de repente disparaba «¡Aquí!»

Ellos entendían siempre, esa buena gente -ahora estaba dispuesto a quererles por ello-: siempre decían, unánimes y sin aliento: «¿Ahí?», y bajaban los ojos fijamente hacia el punto señalado como si todavía estuviera a punto de ocurrir el grandioso acontecimiento. Obtenido ese movimiento, él volvía a mirar en torno suyo. «Considérenlo bien: ¡en este lugar, de toda la tierra...!» «¡Ah, pero no es tierra!», dejaba escapar por lo regular el espíritu más valiente: siempre había uno más valiente. Entonces el custodio del Cuarto del Nacimiento se ponía verdaderamente superior: como si el desgraciado se hubiera figurado que el Inmortal salía del suelo cultivado igual que una patata. «No sugiero que naciera en el santo suelo. ¡Nació aquí!», con una metida sin compromiso del tacón. «Debería haber una placa de bronce con inscripción.» «¿En el suelo?», decían siempre. «Nacimiento y sepultura: ¡tiempo de sembrar, verano, otoño!», eso siempre salía también, con su especial cadencia adecuada gracias a su infalible resorte. «¿Por qué no igual que en el suelo de la iglesia? ¿Han visto ustedes nuestra grandiosa iglesia antigua?» A la primera de estas preguntas nadie contestaba: abundando, para compensar, en relación a la siguiente. Los señores Hayes, incluso, al principio, se quedaron mudos ante ella: desde luego, para hacerles justicia, no habiendo pronunciado la palabra que la producía. No habían pronunciado ninguna palabra mientras él seguía el juego, y sin embargo (aunque eso lo hizo un poco más difícil), él pudo erguirse triunfante ante ellos después de terminar con su floreo. Entonces fue sólo el señor Hayes de Nueva York quien rompió el silencio.

-Bueno, si queríamos ver, creo que puedo decir que estamos satisfechos. Como dice mi mujer, parecería que esto es lo propio de usted.

El habló entonces, visiblemente, más cómodo, como si se hubiera hecho una luz, aunque sin tomarlo a broma, por una razón que acabó por ser visible. Balaban por la escalera, y entonces fue cuando la señora Hayes añadió sus palabras.

-¿Sabe usted que casi estábamos por creer...? -Y luego a su marido-: ¿Es terrible decírselo?

Estaban en el cuarto de abajo, y la joven, también aliviada, expresaba sus sentimientos con alegría. Sonrió, como antes, a Morris Gedge, tratándole como a una persona con quien era posible relacionarse, pero siguiendo todavía tan incierta como para tener que invocar la opinión de su marido.

-Teníamos muchísimas ganas... por lo que habíamos oído.

Pero echó de ver el rostro más serio de su marido; él no las tenía todas consigo. Ante eso, ella se azoró ligeramente, pero lo atajó:

-Debía saber, ¿verdad?, que, con las multitudes que le escuchan, lo tendríamos que oír decir.

El les miró a uno tras otro, y una vez más, con fuerza, algo se le hizo consciente. Habían estado pensando en él, no les avergonzaba ni les daba miedo mostrarlo, y era sin duda un interés, por parte de esa encantadora criatura y ese agudo y cauto caballero, un interés que resistía al olvido y sobrevivía a la separación lo que había orientado su regreso. La otra visita había sido la cosa más luminosa que le había ocurrido a él, pero ésta era la más seria; así que al cabo de un momento algo se rompió en él y se le cayó la máscara por sí misma. Tiró por la borda, como quien dice, la constancia, que, al extinguirse, le dejó lágrimas en los ojos. Por tanto, su sonrisa era extraña.

-¿Oyeron decir cómo me va?, ¿en esto?

El joven, aunque todavía mirándole fijamente, se sintió seguro, ante eso, de su propio terreno.

-Por supuesto, se habla terriblemente de usted. Ha dado la vuelta al mundo.

-¿Han oído hablar de mí en América?

-Bueno, ¡casi no se oye otra cosa!

-¡Eso fue lo que nos hizo pensar...! -aportó la señora Hayes.

-¿Que tenían que verlo por sí mismos? -El pobre Gedge volvió a comparar sus rostros-. ¿Quieren decir que provocó... un... escándalo?

-¡Ah, no! Admiración. Renueva usted tanto -observó el joven- el interés...

-¡Vaya, con que es eso! dijo Gedge con ojos de aventura que parecían posarse más allá del Atlántico.

-Escuchan, un mes tras otro, cuando llegan hasta aquí, como usted debe haber visto; y luego vuelven a casa y hablan. Pero cantan sus alabanzas.

Nuestro amigo apenas lo podía creer.

-¿Allá?

-Allá. Creo que debe estar usted hasta en los periódicos.

-¿Sin hablar mal de mí?

-Ah, no hablamos mal de nadie.

La señora Hayes, en su belleza, se extendió sobre ello.

-Están locos por usted.

-¿Entonces no saben?

-Nadie lo sabe -afirmó el joven-: en todo caso, no fue el que lo supiera nadie lo que nos puso incómodos.

-¿Fue que lo sabían ustedes mismos? ¿Quiero decir, que lo sentían?

-Bueno, llámelo así. Nos acordábamos, y nos preguntábamos qué había ocurrido. Así -se rió ahora francamente el señor Hayes- vinimos a ver.

Gedge miró pasmado a través de su película de lágrimas:

-¿Vinieron de América a verme a mí?

-Bueno, parte del camino. Pero una vez en Inglaterra, no habríamos dejado de verle.

-¡Y ahora le hemos visto! añadió la joven, suavizando.

Gedge no podía dejar de seguir con la boca abierta ante la franqueza del homenaje. Pero trató de salirles al encuentro en su propio tono; eso era lo menos malo en él:

-Bueno, ¿y qué les parece? ¿Les gusta?

Le pareció que la señora Hayes rió un poco nerviosa, como si fuera importante lo que respondieran:

-Bueno, ya ve.

Una vez más, él les miró sucesivamente:

-Es tan lamentablemente fácil, ya comprenden.

Su marido levantó las cejas.

-Usted disimula su arte. La emoción... sí, eso debe ser fácil; el tono general debe salirle fluido. Pero en cuanto a sus datos; usted tiene tantos; ¿cómo los coloca?

Gedge se sorprendió:

-¿Cree usted que meto demasiados?

Ante eso, ellos volvieron a sentirse divertidos:

-¡Eso es precisamente lo que veníamos a ver!

-Bueno, ya comprenden, me he abierto camino a tientas; he ido paso a paso; no creerían cómo lo he ido probando. Esto (donde me ven) es donde he salido adelante. -Tras de lo cual, como ellos no decían nada-: ¿No habían creído que saldría adelante?

Volvieron a quedarse esperando, pero el marido habló:

-¿Está usted tan terriblemente seguro de que ha salido adelante?

Gedge se incorporó como en sus momentos de emoción, casi dándose cuenta de que, con sus hombros cargados, su largo cuello flaco y su nariz tan saliente en proporción a lo demás, parecía aún más una jirafa. Ahora por fin fue cuando entró en el asunto.

-Quizá vuelva a estar en peligro... ¿y el peligro es lo que les ha movido a ustedes? ¡Ah! -El pobre hombre gimió por las buenas. El darse cuenta de ello le debilitaba, pero se dominó-: ¿Piensan que estoy en peligro?

Fue notable cómo, hecha sonar claramente esa nota, el aire se despejó. Lúcidamente, el señor Hayes resumió el asunto en un momento:

-No sé qué pensará usted de nosotros... por ser tan lamentablemente curiosos.

-Creo -el pobre Gedge hizo una mueca- que sólo son lamentablemente bondadosos.

-Es todo culpa suya -replicó su amigo- por ofrecernos a nosotros (que no somos idiotas, digo yo) una imagen tan impresionante de una crisis. En nuestra otra visita, se acuerda -sonrió-, nos hizo preocuparnos por razones opuestas. Por tanto, si esto vuelve a ser una crisis para usted, tendría que explicárnoslo todo en su integridad ideal.

-Me hace usted desear -dijo Morris Gedge- que pudiera haberla.

-Bueno, no trate de conseguirla para nuestra diversión. Ya ve, no comprendo cómo puede tener mucho margen. Tenga cuidado... tenga cuidado.

Gedge lo recibió pensativo.

-Sí, eso es lo que me dijo usted hace un año. Me hizo el honor de estar inquieto, como lo estaba mi mujer.

Esto decidió a la joven a una pregunta inmediata:

-¿Puedo preguntar, entonces, si la señora Gedge está ahora tranquila?

-Ya que lo pregunta, no. Por lo menos, teme que voy demasiado lejos; no cree en mi margen. Ya ven, tuvimos nuestro susto después de la visita de ustedes. Nos cayeron encima.

Sus amigos se interesaron mucho.

-¡Ah! ¿Les cayeron encima?

-Se nos echaron encima fuerte. A mí me derribaron. Por eso...

-¿Por qué está usted derribado? -preguntó dulcemente la señora Hayes.

-Pero, mi querido amigo -interrumpió el marido-, usted no está derribado, ¡usted está bien alto! Solamente, está en lo alto de un árbol diferente, pero está en lo más alto de la copa.

-¿Quiere decir que lo tomo demasiado por lo alto?

-Esa es exactamente la cuestión -respondió el joven, y esa posibilidad, no menor que su primer peligro, es precisamente lo que nos pareció que, si no le importaba, no podíamos dejar de evaluar.

Gedge le miró:

-Me parece que sé cuál era en el fondo su esperanza.

-Nuestra esperanza, en el fondo, sin duda, es que usted esté muy bien.

-¿A pesar de que deje a todo el mundo por tonto?

La señora Hayes de Nueva York sonrió:

-Diga que a causa de eso. ¡Sólo pedimos creer que todo el mundo es tonto!

-¿Sólo que, sin confirmación, no han podido imaginar tontos del tamaño que requiere mi caso? -Y Gedge hizo una pausa, mientras su interlocutora esperaba, como dando ocasión a alguna prueba-. Bueno, no voy a fingir que su preocupación no me haya puesto, no amenace ponerme, algo nervioso; aunque no lo entiendo, si, como dicen, la gente está loca por mí.

-Bueno, ese informe venía del otro lado; la gente en nuestro país se vuelve loca fácilmente. Ya ha visto usted cómo se ríen los niños pequeños cuando les hacen cosquillas en un sitio

nuevo. Así hay entre nosotros millones de amables personas que no son más que niños pequeños. Continuamente ofrecen nuevos sitios para quien les haga cosquillas. Lo que hemos visto, con nueva información –continuó el señor Hayes-, de buen humor, es a su gente de aquí; el Comité, el Consejo, o como se llamen los poderes ante quienes usted es responsable.

-Llámelos mi amigo Grant-Jackson, entonces, mi primer apoyo, aunque reconozco que por esa misma razón, es quizá mi crítico más temible. Con él es, prácticamente, con quien trato; o mejor, él es quien me trata; quien me ha tratado. Con él me salvo o me hundo. Pero me ha concedido la vida.

-Quizás entonces no quiera él -inquirió la señora Hayes- que usted aparezca tan flagrantemente huyendo.

-Claro... comprendo lo que quiere decir. Voy corriendo, a ciegas, a mi caída, y Ellos observan (para ser delicados conmigo) esperando el golpe que puede venir por sí mismo. Es maquiavélico, pero todo es posible. ¿Y qué quería usted decir hace un momento -preguntó Gedge-, especialmente cuando sólo han oído hablar de mi prosperidad, con eso de su «nueva información»?

Sus amigos por un momento parecieron cohibidos, pero el señor Hayes lo puso en claro.

-Hemos oído hablar de su prosperidad, pero recuerde que también le hemos oído hablar a usted hace unos pocos minutos.

-Estaba decidido a que me oyeran -dijo Gedge-. Entonces soy bueno, pero ¿no exagero? -Su tensa sonrisa era escéptica.

Así desafiado, en todo caso, su visitante se pronunció:

-Bueno, si no exagera; si al cabo de seis meses más está claro que no ha exagerado; entonces, entonces...

-¿Entonces?

-Entonces esto estará estupendo.

-Pero ya está estupendo, más estupendo que nada semejante. Sí, exagero, gracias a Dios; o exageraría si fuera algo que se pudiera hacer.

-Ah, bueno, ¡si hay alguna prueba de que usted no puede...!

Con eso, y un gesto expresivo el señor Hayes disipó sus temores. Su mujer, sin embargo, pareció un momento incapaz de dejarles marchar.

-¿Y Ellos no quieren ninguna verdad? ¿Ninguna, siquiera por las apariencias?

-¡Las apariencias -dijo Morris Gedge- es lo que les doy!

A los otros eso les hizo intercambiar una mirada peculiar. Luego ella sonrió:

-Ah, bueno, si ellos lo piensan así...

-¿Usted, por lo menos, no lo piensa así? Usted es como mi mujer... lo cual, por cierto, es una semejanza que hace un año dije que me gustaría que hubiera. En todo caso, yo le doy miedo a ella.

El joven marido, con un «¡Ah, las mujeres son terribles!», lo suavizó, y la visita no habría tenido más pretexto para continuar, si en ese momento no les hubiera llamado la atención un súbito movimiento al otro lado del cuarto. El anochecer se había cerrado casi tan por completo, aunque Gedge, durante su conversación, había encendido la lámpara más próxima, que no habían distinguido que, al abrirse la puerta de comunicación a las habitaciones de los custodios, había aparecido otra persona, una afanosa mujer que, en su impaciencia, apenas había hecho una pausa antes de avanzar hacia ellos. La señora Gedge -sólo hicieron falta unos segundos para que su identidad se hiciera evidente- venía hacia ellos, y llegaba a tiempo de captar la última observación del señor Hayes. Gedge notó en seguida que llegaba con noticias, y para estar seguro de ello, no necesitó de su rápida réplica en el aire:

-¡También podría decir usted que las pobres mujeres muchas veces están aterradas!

Ella no conocía a los amigos a quienes, a una hora tan desacostumbrada, él estaba enseñándoles la casa; pero no hubo para él señal más viva de que eso no le importaba que la intensidad con que cargó intensamente las palabras que le lanzó a la cara:

-¡Grant-Jackson, a verte en seguida!

-¿Ha estado contigo?

-Sólo un momento: está ahí. Pero es a ti a quien quiere ver.

-El miró a los otros.

-¿Y qué quiere, querida mía?

-Dios sabe. Ahí está eso. Es su hora horrible... lo fue la otra vez.

Ella se había vuelto nerviosamente a los otros, consternada, a pesar de que le eran desconocidos; muy como una mujer del pueblo, como se dijo él a sí mismo. Era la buena esposa que habla en la calle, sin sombrero, sobre la riña de casa, y bajo tal personalidad la presentó al instante:

-Mi querida esposa temerosa, que hará todo lo que pueda para atenderles a ustedes mientras yo recibo a nuestro amigo.

Y le explicó a ella como pudo quiénes eran sus acompañantes, ahora todo protestas:

-Los señores Hayes de Nueva York, que ya habían estado aquí otra vez.

Notó sin saber por qué, que el aviso de ella le había dejado helado: por lo menos no comprendía por qué debía dejarle tan helado. Sus buenos amigos también estaban visiblemente afectados por él, y quién sabe qué profundidades de fantasía cavilosa en su interior se agitaban fácilmente al contacto. Si querían una crisis, habían encontrado una adecuada, aunque ya se estaban despidiendo antes. Eso no lo consintió él:

-¡Ah no, tienen ustedes que ver, realmente!

-Pero no seremos capaces de soportarlo, ya sabe -dijo la joven, si es para despedirle a usted.

Su crudeza atestiguaba su sinceridad, y fue ésta la que al momento cautivó a la señora Gedge:

-Sí que es para despedirnos.

-¿Se lo ha dicho a usted, señora? -le preguntó la señora Hayes: era notable cómo el soplo de la condena las había unido.

-No, no me lo ha dicho, pero hay algo en él ahí, quiero decir en sus terribles maneras que está demasiado de acuerdo con otras cosas. Ya hemos visto suficientes cosas -dijo la pobre señora, pálida.

La joven casi se aferró a ella:

-¿Tiene unas maneras tan terribles?

-Son sencillamente las maneras -intercaló Gedge- de un hombre muy grande.

-Bueno, los hombres muy grandes -dijo su mujer- son cosas muy terribles.

-Eso es exactamente -se rió él- lo que estamos averiguando. Pero no debo hacerle esperar. Nuestros amigos, aquí -siguió- están directamente interesados. Fíjate, no debes dejarles marchar hasta que sepamos.

Sin embargo, el señor Hayes le retuvo; se encontraba él mismo cautivado.

-Estamos tan directamente interesados que queremos que comprenda esto: si ocurre cualquicr cosa...

-¿Qué? dijo Gedge, todo suave y vacilante.

-Bueno, tenemos que sostenerle nosotros.

La señora Hayes asintió rápidamente:

-¡Ah, acudan a nosotros!

Una vez más, él no pudo sino mirarles. Eran gente realmente estupenda. ¡Esos señores Hayes! Incluso afectó a Isabel, a través de su alarma; aunque el bálsamo, en cierto modo, parecía predecir la herida. El había llegado al umbral de sus propias habitaciones; se detuvo allí como a la puerta de la sala del juicio. Pero se rió: por lo menos, podía ser valiente al presentarse para su sentencia.

-Muy bien entonces: ¡acudiré a ustedes!

Eso estaba muy bien, pero no impidió a su corazón, un momento después, al final del pasillo, golpear con latidos que podía contar. Se detuvo otra vez antes de entrar; al otro lado de esa segunda puerta iban a soltarle encima su pobre porvenir. Era un porvenir hundido y sin ánimo, pero ¿no estaba allí Grant-Jackson, como un domador en una jaula, todo polainas y galones y actitudes de circo, para chascar el elegante látigo oficial, haciéndolo saltar sobre él? En ese momento midió plenamente cómo afectaba a sus nervios la impresión que hacía en sus amigos, tan extrañamente afanosos; un afán que, en el espasmo de ese último esfuerzo, estaba muy cerca de ofenderle. Le habían trastornado con el contacto; tenía miedo, literalmente, de recibir la condena de rodillas; se daba cuenta de que no le faltaba mucho para acercarse con la frente en el polvo al gran hombre cuya cólera había que desviar. Los señores Hayes de Nueva York habían llevado lágrimas a sus ojos, pero ¿le estaba reservado a Grant-Jackson hacerle llorar como un niñito? Deseaba, sí, mientras palpitaba, que los señores Hayes de Nueva York no hubieran sentido un interés tan excéntrico, pues, sin saber por qué, parecía proceder de ellos el que fuera tan rápidamente a quedar deshecho. Sin embargo, antes de dar vuelta al pestillo de la puerta, tuvo otro momento extraño: imaginándose que lo interesante había sido, estrictamente, su caso, su extraño poder, aun accidental, para mostrar como en un cuadro la actitud de los demás: no su pobre personalidad desvaída. Sin embargo, era esta pobre entidad la que marchaba a su ejecución. En honor de nuestro amigo hay que decir que creía ir a ser ahorcado, al disponerse a abrir la puerta; y no menos en su honor, que fue su mujer quien recibió su pensamiento supremo en tal ocasión. Allí fue donde –posiblemente con su último aliento articulado- dio gracias a su hado, para bien y para mal, por los señores Hayes de Nueva York. Por lo menos, se cuidarían de ella.

Sin duda lo estaban haciendo así con algún éxito cuando, diez minutos después, él volvió junto a ellos. Estaba sentada entre ellos en el decorado Lugar del Nacimiento, y después él

no pudo estar muy seguro de si cada uno de ellos le sostenía una mano. En todo caso, los tres juntos, tuvieron el efecto de recordarle -era demasiado caprichoso- algún cuadro, algún grabado sentimental, visto y admirado en su juventud, un «Esperando el Veredicto», un «Contando las Horas», o algo así; una humilde respetabilidad en suspenso en torno a una humilde inocencia. El no sabía qué aspecto tenía él mismo, ni le importaba: lo importante es que no lloraba, aunque bien podría: el fulgor de sus ojos era sin duda seco, aunque había un fulgor, o algo que desconcertó ligeramente los rostros de los demás, cuando se levantaron para recibirle. Los ojos de su mujer traspasaron los suyos, pero fue la señora Hayes de Nueva York quien habló:

-¿Era entonces para eso...?

El primero les miró; se daba cuenta de que ahora podía disfrutarlo.

-Sí, era para «eso». Quiero decir que era sobre el modo como he ido marchando. Venía a hablar de eso.

-¿Y se ha ido? -se permitió preguntar el señor Hayes.

-Se ha ido.

-¿Se acabó? -preguntó Isabel, roncamente.

-Se acabó.

-¿Entonces nos vamos?

Eso era lo que él disfrutaba.

-No, querida mía, nos quedamos.

Hubo, claramente, un triple jadeo: el alivio tardó algún tiempo en actuar.

-Entonces ¿a qué venía?

-Por el rebose de su bondadoso corazón y de la satisfacción que Ellos han discutido y decretado. Para expresar su opinión...

El señor Hayes se echó a reír, pero su mujer quiso saber:

-¿Del grandioso trabajo que está usted haciendo?

-Del modo como lo pulo y le saco brillo. Están encantados con ello. Los ingresos, al parecer, hablan...

Cuidaba su efecto: Isabel le observaba atentamente y los otros pendían de sus labios:

-Sí: ¿hablan...?

-Bueno, más que libros enteros. Dicen la verdad.

Ante esto se volvió a reír el señor Hayes:

-Vaya, ¿por lo menos la dicen?

Cerca de él, así, una vez más, Gedge se dio cuenta de que su comprensión estaba identificada y era tan bueno volver a darse cuenta de ello, que su tensión ahora se relajó como si se disparara un resorte y notó que su vieja cara estaba tranquila.

-Así que no pueden decir ustedes -continuó- que no la queremos.

-Me inclino ante ella -sonrió el joven-. Es lo que dije entonces. Es estupendo.

-Es estupendo -dijo Morris Gedge-. No podría serlo más.

Su mujer seguía observándole: su propia ironía iba por detrás.

-Entonces ¿nos quedamos como estábamos?

-No, no como estábamos.

Ella saltó sobre eso.

-¿Mejor?

-Mejor. Nos dan un aumento.

-¿De sueldo?

-De nuestro dulce pequeño estipendio... por un voto del Consejo. Eso es lo que, como Presidente, vino él a anunciar.

Hasta los ecos del Lugar del Nacimiento quedaron acallados por un instante; los tres acompañantes del custodio mostraban, en su aire consciente, que luchaban tratando de recuperar el aliento. Pero Isabel, casi con un grito, fue la primera en recobrar el suyo.

-¿Nos doblan?

-Bueno... llámalo así. «En reconocimiento». Ahí tienes.

Isabel lanzó otro sonido, pero esta vez inarticulado, en parte porque la señora Hayes de Nueva York ya había saltado hacia ella para darle un beso. Mientras tanto el señor Hayes, como con demasiado que decir, sólo le tendió la mano, que nuestro amigo tomó en silencio. Así, a Gedge le quedó la última palabra:

-¡Y ahí tiene usted!